



Revista de Filología y Lingüística de la

Universidad de Costa Rica

ISSN: 0377-628X

filyling@gmail.com

Universidad de Costa Rica

Costa Rica

Caamaño M., Virginia

DE CIUDADES Y PASIONES. UN ACERCAMIENTO A CUATRO CUENTOS
LATINOAMERICANOS DEL FIN DE SIGLO

Revista de Filología y Lingüística de la Universidad de Costa Rica, vol. 36, núm. 1, enero-junio, 2010, pp. 35-75
Universidad de Costa Rica
San José, Costa Rica

Disponible en: <https://www.redalyc.org/articulo.oa?id=33267172005>

- ▶ Cómo citar el artículo
- ▶ Número completo
- ▶ Más información del artículo
- ▶ Página de la revista en redalyc.org

redalyc.org

Sistema de Información Científica

Red de Revistas Científicas de América Latina, el Caribe, España y Portugal
Proyecto académico sin fines de lucro, desarrollado bajo la iniciativa de acceso abierto

DE CIUDADES Y PASIONES. UN ACERCAMIENTO A CUATRO CUENTOS LATINOAMERICANOS DEL FIN DE SIGLO¹

Virginia Caamaño M.

RESUMEN

En el presente ensayo, se realiza un acercamiento a cuatro relatos breves cuyo escenario son cuatro ciudades latinoamericanas de la actualidad. A partir de las historias contadas y las experiencias de los personajes, es posible conocer situaciones vividas cotidianamente en estas ciudades, bajo la influencia de una serie de fenómenos provenientes de los procesos globalizadores, los cuales han incorporado en estas sociedades, usos y valores propios de culturas mundializadas. La marcada segregación social, el aumento de la desigualdad, la inseguridad y la violencia que estas transformaciones han provocado, han afectado la vida íntima de las personas y las relaciones que puedan o no establecer entre ellas, en su búsqueda del placer o apenas en un intento por seguir sobreviviendo.

Palabras clave: literatura latinoamericana, relato breve, globalización, relaciones, pasión.

ABSTRACT

This essay discusses an approach to four short stories set in four Latin American cities in the present day. Through stories told of the experiences of the protagonists, it is possible to understand the daily lives of the population of these cities, under the influence of phenomena originating from the processes of globalization which have been incorporated into these societies, their own uses and values as globalized cultures. The noticeable social segregation, the increase of inequality, the insecurity and the violence that these transformations have caused, have affected the intimate life of the people and the relations that can or cannot be established among them, in the search for pleasure or at least in the attempt to continue surviving.

Key words: Latin American literature, short stories, globalization, relations, passion.

Las ciudades son un conjunto de muchas cosas: memorias, deseos, signos de un lenguaje; son lugares de trueque, como explican todos los libros de la historia de la economía, pero estos trueques no lo son sólo de mercancías, son también trueques de palabras, de deseos, de recuerdos.

Italo Calvino. 1972. *Las ciudades invisibles*.

ML. Virginia Caamaño M. Profesora Asociada. Escuela de Filología, Lingüística y Literatura. Sistema de Posgrado, Maestría en Literatura Latinoamericana. Universidad de Costa Rica.

Correo electrónico: vicaamano@yahoo.com

Recepción: 03-05-2010

Aceptación: 25-05-2010

Las realidades del poder y la autoridad –así como las resistencias que ofrecen los hombres, las mujeres y movimientos sociales ante las instituciones, autoridades y ortodoxias– son las realidades que hacen posibles los textos, que los ponen en las manos de sus lectores, que reclaman la atención de los críticos.

Edward Said. 2004. *El mundo, el texto y el crítico*.

0. Introducción

El amplio debate iniciado en Europa hacia finales de la década de los años ochenta, alrededor de la oposición modernidad/posmodernidad –sostenido por filósofos e intelectuales como Habermas, Lyotard y Vattimo entre muchos otros–, se extendió rápidamente hacia los Estados Unidos y la América Latina y acaparó la atención de especialistas en diversos campos de las Ciencias Sociales y de los Estudios Literarios, hasta el primer quinquenio de los años noventa; mientras, el fenómeno de lo que ha sido llamado *globalización*, en pleno desarrollo durante esa misma época, parecía no haber despertado un interés similar sino hasta los últimos años del siglo pasado. A partir de ahí, es posible señalar una inversión en las preocupaciones de estos estudiosos, quienes se dedican a discutir intensamente sobre dicho fenómeno y las múltiples interrogantes que genera (cfr. Ortiz 2005).

Con la intención de expresar la visión de totalidad que el término *globalización* implica, los expertos empezaron a utilizar como herramienta de trabajo la categoría de *sistema-mundo*, introducida unos veinticinco años antes por el filósofo cultural estadounidense Immanuel Wallerstein², la cual aglutina diferentes entes políticos alrededor de una sola economía-mundo: el capitalismo, dentro del que se vive en la actualidad. Se plantea entonces a la globalización como uno de los resultados del sistema-mundo. Ésta, como orden fundamentalmente económico, ha penetrado por todo el planeta, desterritorializando el capital, al trasladarse éste a manos de corporaciones transnacionales. Con la pérdida del dominio del poder económico, se acentúa de modo creciente la dependencia del Estado hacia dichos entes desterritorializados, lo cual, en opinión de los observadores, pone en peligro la sostenibilidad de los estados nacionales, cada vez más imposibilitados de organizar la vida social y material de las comunidades, anteriormente controladas por ellos. Todo esto ha repercutido inexorablemente y de manera total en la vida de los habitantes y tiene un peso enorme en la pérdida de vigencia de sus discursos identitarios.

Siguiendo a Wallerstein, muchos especialistas, como el sociólogo inglés Anthony Giddens, han dado sus aportes y ampliado el estudio del fenómeno en cuestión. En América Latina, entre los primeros en señalar la importancia del tema, se encuentran los sociólogos brasileños Renato Ortiz y Octavio Ianni, a quienes siguieron grupos de expertos en otras áreas del conocimiento: Enrique Dussel³, Néstor García Canclini, Jesús Martín-Barbero, Nelly Richard, Beatriz Sarlo, Fernando Aínsa, Daniel Mato, Santiago Castro-Gómez⁴ y un largo etcétera. Todos ellos, abocados a entender el proceso desde distintas perspectivas, con el fin de proponer definiciones que permitieran enfrentarlo de algún modo y aquilatar sus consecuencias, tanto positivas como negativas. Fruto de tantas discusiones es la visión polarizada del fenómeno: hay quienes han aceptado la globalización como algo novedoso, que sólo produce beneficios, por lo cual es considerada panacea de todos los males y por el contrario, quienes lo demonizan y denuncian lo que llaman sus efectos negativos para las

sociedades, sobre todo para países periféricos, como los de América Latina. Sin embargo, la respuesta no está en decidir entre tal polaridad, actitud “reduccionista y fetichizadora”, según apunta Daniel Mato (2001), ya que se trata de un asunto de múltiples matices, los cuales lo convierten en un tema de difícil aprehensión. Es necesario realizar su estudio con una mente abierta, crítica e indagadora. Este acercamiento al fenómeno se inicia desde su mismo nombre y lo que se va a entender por él.

1. La globalización y sus múltiples caras

Renato Ortiz subraya la importancia de distinguir entre los términos “globalización” y “mundialización”. La primera, designaría un proceso único que incluye los aspectos económicos y tecnológicos y que se reproduce en todo el planeta; según el autor citado, el capitalismo es *el sistema económico global* y hay un único sistema tecnológico (comunicacional) que comprende a la internet, los satélites, las computadoras, etc. El término mundialización⁵, en cambio, permite abarcar los procesos culturales, pues lo que estaría ocurriendo sería un “proceso de mundialización de la cultura” y no el surgimiento de lo que algunos han llamado una “cultura global”. Para Ortiz, esta mundialización opera en dos niveles: “a) está articulada a las transformaciones económicas y tecnológicas de la globalización; la modernidad-mundo es su base material; b) se da el espacio de diferentes concepciones de mundo en el cual conviven formas diversas y conflictivas de entendimiento” (cfr. Ortiz 2005: 34).

Aún cuando es evidente lo complejo del tema, en ocasiones, se ha banalizado su discusión y se lo ha asumido acríticamente, hasta llegar a asegurarse que, en la actualidad, las distintas sociedades están todas igualmente globalizadas y se vive, por lo tanto, en lo que se ha dado en nominar “*aldea global*”⁶, lo cual implicaría que todos los fenómenos surgen en todas partes casi de la misma manera, sin importar el contexto, y se crea la idea de que existe una tendencia irreversible hacia una homogeneidad cultural básica a lo largo y ancho del planeta. Tal creencia se ha naturalizado, difundido y asimilado a nivel mundial y es errónea, según lo explica Renato Ortiz:

La situación de globalización se caracteriza por el surgimiento de lo nuevo y por la redefinición de lo viejo. Ambos se encuentran insertos en el mismo contexto. En él, diversas temporalidades se entrecruzan. No es necesario, pues, oponer tradición a modernidad, local a global; importa calificar de qué tipo de tradiciones estamos hablando [...] y pensarlas en las formas de su articulación con la modernidad-mundo. De la misma manera, lo local y lo nacional no deben ser considerados como dimensiones en vías de desaparición. Se trata de entender cómo se redefinen esos niveles. En la situación de globalización, coexisten por tanto un conjunto diferenciado de unidades sociales: naciones, regiones, tradiciones, civilizaciones, etc. Sin embargo, es necesario subrayar que las partes de esta totalidad no son equivalentes. Una relación de fuerzas, una jerarquía, las articula y las media. La diversidad global no tiene nada de plural: ella es permeada por relaciones de poder, construidas a lo largo de la historia (por ejemplo, el colonialismo y el imperialismo) y reproducidas según los intereses económicos, políticos o religiosos en disputa. El proceso, que es único, no es sin embargo homogéneo. Es por tanto vivido y experimentado de distintas maneras en función de los lugares en los cuales nos insertamos. (Ortiz 2005: 13)

Es necesario enfatizar en el hecho, claramente apuntado por Ortiz, de que si bien la globalización se refiere a una estructura de naturaleza global, ella no implica la desaparición de los estados ni de las culturas nacionales, es sólo que éstos resultan insuficientes para explicar un fenómeno de una naturaleza tan amplia, productor de diversos y en muchos casos, profundos cambios, en los distintos componentes de las sociedades. Estas han tenido que reacomodar modos de ser y costumbres para apropiarse de lo nuevo e integrarlo a sus culturas,

lo cual ha incidido, dentro de las naciones, en el resurgimiento de tradiciones e identidades culturales locales (cfr. Giddens 2003), provenientes, en algunos casos, de grupos minoritarios marginados históricamente por las élites dominantes y que ahora reivindican lo propio. Por lo tanto, dicha globalización no debe ser considerada sólo desde su dimensión económica, ya que de modo evidente e inevitable, ha afectado también las relaciones y los patrones sociales de comportamiento, lo cual lleva a que los sucesos locales estén constituidos, muy a menudo, por hechos ocurridos en lugares lejanos o viceversa. (cfr. Castro-Gómez 1998; Giddens 2002; 2003), de ahí que sea necesario hablar, en plural, de “procesos de globalización”. De ese modo, puntuiza el científico social Daniel Mato, se puede “[...] designar de manera genérica a los numerosos procesos que resultan de las interrelaciones que establecen entre sí los actores sociales a lo ancho y a lo largo del globo y que producen globalización, es decir interrelaciones complejas de alcance crecientemente planetario” (Mato 2001: 152). El sociólogo Michael Featherstone considera lo anterior de modo positivo al afirmar que “[...] una paradójica consecuencia del proceso de globalización, la conciencia de la finitud del planeta y del confinamiento de la humanidad, no es producir homogeneidad, sino familiarizarnos con mayor diversidad, con la extensa gama de las culturas locales” (2002: 70). Con la intención de estudiar este efecto, se ha acuñado el concepto de *Glocalización*⁷, el cual se concentra en las transformaciones socioculturales experimentadas por los diferentes países a todo lo largo y ancho del globo. Este interesante y amplio proceso se trabajará en un próximo artículo, donde se identificarán sus huellas en algunos textos provenientes de la literatura actual del continente.

2. Efectos discursivos de la globalización en Latinoamérica

No es de extrañar que las situaciones comentadas hayan causando honda preocupación en amplios sectores de las sociedades latinoamericanas. Ejemplo de esto son los ensayos de la crítica cultural argentina Beatriz Sarlo, reunidos en *Una Modernidad Periférica. Buenos Aires 1920 y 1930* (1988); *Escenas de la vida posmoderna. Intelectuales, arte y videocultura en la Argentina* (1994) y en *Instantáneas. Medios, ciudad y costumbres en el fin de siglo* (1996) donde advierte sobre las pérdidas culturales ocasionadas por las transformaciones globalizantes mencionadas. Según Sarlo, la entronización de las políticas del mercado en todos los aspectos de la vida social tiene amplias y nefastas repercusiones en la vida de los ciudadanos, además de limitar las posibilidades de construir proyectos de futuro, en una Argentina cada vez más dependiente de los centros de poder económico:

La historia del siglo XX nos previene contra una idea de nación que no esté sustentada en, por lo menos, otras dos ideas: la de la tolerancia hacia todas las diferencias que se incluyen en el territorio de una nación; la de los valores de la solidaridad y de responsabilidad colectiva, de distribución equitativa y de igualdad de derechos que, al final de siglo, fundan una comunidad que no se distingue sólo por su origen sino por la forma que imagina su futuro y se decide a trabajar para alcanzarlo. (Sarlo 1996: 109)

Desde una visión centrada en la cuestión identitaria nacional, Sarlo señala la necesidad de repensar la manera en que la sociedad funciona y que ha producido gran deterioro en la calidad de vida de sus gentes, lanzadas a “una modernidad periférica”⁸. Se hace necesaria una reformulación de los mitos identitarios fundacionales –en numerosos casos excluyentes y marginalizadores hacia las mayorías– los cuales permitieron la inauguración de los estados nacionales, cuya construcción se dilató en América Latina a lo largo del siglo XIX y buena parte del XX. La preocupación de la autora está marcada por la incertidumbre ante el futuro

en un momento de transición de la sociedad argentina; expresa la urgencia de establecer programas justos y equitativos, alejados de las demandas despiadas del mercado global, para enfrentar los acelerados cambios políticos y socioeconómicos que su país –y el continente– experimenta. Sin embargo, en la actualidad esta posición ya no es sostenible pues, según Sarlo, la “fractura sociocultural” en su país es un hecho consolidado; los cambios están asentados y son irreversibles⁹.

Años después de los señalamientos de esta autora, durante la primera década del siglo XXI, el culturalista García Canclini muestra cómo algunos de los científicos sociales, quienes en un principio cantaron loas a la “interconectividad” mundial facilitada por la globalización, han constatado en sus investigaciones la existencia cada vez mayor de regiones –en Asia, África y América Latina, pero también dentro de las urbes de los llamados países desarrollados– donde se sufre de “desglobalización”: son sitios desechados por el poder económico, lugares donde se viven “políticas de aislamiento”, las cuales producen un gran aumento en la marginalización, en todos los aspectos de la vida. Dicha marginalización es causada, en primera instancia, por el acaparamiento de la enorme mayoría de medios de producción y comunicación en manos de las transnacionales, gracias en parte a los tratados de libre comercio, todo lo cual ha resultado en “un empobrecimiento de la diversidad”, una degradación de la calidad de vida de las gentes ‘otras’, castigadas por el desempleo endémico, la falta de oportunidades para estudiar, las enfermedades, el hambre, la violencia, etc. (cfr. García Canclini 2006: 202-205 y también en Ortiz 2005; Mato 2001 y Castro-Gómez 2000).

2.1. La literatura como síntoma¹⁰

El corto recorrido por el contexto en el cual se encuentran inmersas las sociedades latinoamericanas realizado en este trabajo –planteado a grandes rasgos y muy parcialmente– muestra las amplias discrepancias entre los expertos, quienes no logran ponerse de acuerdo sobre el acercamiento más pertinente para el estudio de estos complejos procesos, ni sobre las respuestas más eficaces ante sus consecuencias. Muchas de las contradicciones y enfrentamientos surgidos se revelan en los textos literarios pues, como se ha señalado en otra parte¹¹, en ellos se expresan (¿visualizan?) los conflictos ideológicos, sociales, culturales y éticos sucedidos en las sociedades donde se producen dichos textos. Ellos, como síntoma, “acompañan” los cambios socioculturales; los cuestionamientos colectivos y personales; las crisis. Crisis profundizadas también, como se ha visto, por los grandes avances en la industria de las comunicaciones que en el transcurso de un corto tiempo han transformado la cultura mundial al permitir que cada persona esté, como dice Featherstone, “en el patio del otro” (2002: 70), haciendo relacionales las nociones de cultura global y local. Los artistas contemporáneos son especialmente sensibles al “ruido” ambiental provocado por estos procesos que les dejan, paradójicamente, una enorme sensación de aislamiento, de pérdida –de lo habitual y cotidiano– y de impotencia ante su inevitabilidad; la necesidad de expresar de alguna manera las inquietudes surgidas de la confusión reinante se impone. Un ejemplo de esto es evidente en el texto que sigue, del escritor estadounidense Jonathan Lethem:

Hoy que podemos comer *tex-mex* con palillos chinos mientras escuchamos reggae y vemos en YouTube una retransmisión de la caída del muro de Berlín –es decir cuando casi **todo** nos parece familiar–, no sorprende que algo del arte más ambicioso de la actualidad vaya por ahí tratando de **hacer** de lo **familiar algo extraordinario**. Al hacerlo, al reimaginar lo que la vida humana puede ser por encima de las grietas de la ilusión, mediación, demografía, marketing, el *ímago* y la apariencia, los artistas están paradójicamente tratando de restituir lo que se toma por real en tres dimensiones, de reconstruir un mundo unívocamente redondo a partir de flujos disparatados de vistas planas. (2008: 22-23)¹²

Dentro del campo de los Estudios Literarios, el desempeño que deberían llevar a cabo la teoría y la crítica ha sido también motivo de debate y enfrentamientos entre los intelectuales que hablan desde los centros hegemónicos –las academias estadounidenses y europeas– y los latinoamericanos, pues estos últimos cuestionan la “*universalidad*” –¿neutralidad?– del discurso teórico de las ciencias humanas, canonizado desde esos lugares. Al intervenir en la disputa, el ensayista y poeta uruguayo Hugo Achúgar afirma que es el lugar desde donde se habla o “la situación de enunciación” la que todavía determina la aceptación o rechazo de “la producción de conocimientos y teorías”. Así, los conocimientos originados en países marginales, son considerados aún, en la práctica, como “balbuceos teóricos”¹³, pues los habitantes de estos lugares no son poseedores del discurso, al ser “periféricamente el Otro” (cfr. Achúgar 2004), ante lo que retóricamente interroga:

Hegel pensaba que en América no era posible el discurso teórico. ¿Pueden los “latinoamericanos” en América Latina tener “teoría”, menor o mayor? ¿Cuáles son esos latinoamericanos? ¿Pueden formular un discurso teórico o sólo pueden tener “sentimientos”, producir “realismo mágico”, “carnaval”, “hiperinflación”, “tango”, “enchiladas”, “narcotráfico”, “corrupción” y “golpes de Estado”? ¿Pueden los “marginales” y “subalternos” –sean letreados o iletrados– latinoamericanos producir discursos teóricos o deben limitarse a traducirlos del inglés, como solían –¿solían?– del francés, del italiano o del alemán? (Achúgar 2004: 31-32)

Es bien sabido cómo el concepto de lo literario y los cánones, a partir de los cuales se establece, llegan a América con los europeos. Después de la independencia, las clases dominantes utilizan los textos literarios consagrados por una crítica proveniente de las clases privilegiadas¹⁴, como base fundamental en la construcción de una identidad nacional imaginada, excluyente de una gran variedad de grupos, pues se pretende seguir exclusivamente los modelos europeos hegemónicos. En la América Latina actual, dichas construcciones identitarias nacionalistas y regionalistas han perdido vigencia, en parte, como se ha dicho, por los complejos procesos de globalización y el desarrollo tan desigual que ellos han tenido en los distintos lugares, los cuales, asegura la socióloga peruana Virginia Vargas, “[...] han producido nuevos riesgos, nuevos conflictos, nuevas exclusiones, pero también ha impulsado el surgimiento de nuevas subjetividades, nuevas identidades y nuevos actores sociales que buscan concretar y ampliar nuevos derechos” (Vargas 2003: 194). Desde estos posicionamientos, los discursos de las élites intelectuales, nacionales y extranjeras están siendo cuestionados como “*voluntades de verdad*” constructoras de estereotipos de la Otredad. Las objeciones de Achúgar ante esos discursos son un ejemplo de ello.

Las coordenadas críticas desde las cuales se ha venido considerando a la narrativa latinoamericana del siglo XX –el intento por escribir la “*novela total*”, hallar la “*identidad ausente*”, aceptar sin discusión que se escribe en un idioma “*ajeno*” y ser un escritor “*comprometido*”, entre otras– también han perdido vigencia. Los numerosos textos surgidos en las dos últimas décadas –considerados por alguna crítica como literatura *light* por su individualismo y “*falta de compromiso*”– no pretenden dar respuestas absolutas ante las incertidumbres nacidas del contexto en que viven sus creadores; aparecen más bien como reacciones individuales y por lo tanto incompletas ante la realidad percibida; son pactos escritos para evitar que esa realidad los destruya o invisibilice; son reflexiones; son luchas y a veces, una tajante negación de todo eso que produce inquietud y angustia. Desde muchas y diversas perspectivas cada texto, cada voz narrativa, presenta su propia búsqueda personal... o la renuncia a hacerlo. Su interés está centrado en la historia particular y en los dilemas existenciales íntimos.

Así, en referencia específica hacia la literatura del continente, el escritor Iván Thays (Perú, 1968), desde una visión positiva y optimista, afirma la existencia de una pluralidad de voces que circulan, siendo el lector quien decide cuál entre todas ellas desea escuchar. La literatura del continente está en un proceso de construcción incesante, por lo tanto, advierte a la crítica contra la implantación de cánones excluyentes y las acostumbradas “etiquetas” estereotípicas y empobrecedoras:

La literatura latinoamericana última es algo que se está haciendo, y por tanto es susceptible a cambiar en cualquier momento. ¿Que ya no hay compromisos políticos? Bueno, eso fue hasta ayer. ¿Que el discurso fragmentado? Quizá hoy. ¿Que el individualismo? Habrá que ver. De nada le servirá a la crítica establecer reglas y ecuaciones para reducir un movimiento que está en expansión. (Thays 2004: 187)

Thays toma posición en contra de una visión de la literatura y una crítica literaria que han perdido hegemonía y sirve de eco a muchos otros, quienes apuestan por la creación individual e intimista propia de los tiempos que corren, como el colombiano Santiago Gamboa:

No creo que exista un escritor en América Latina parecido a otro. De hecho, los mexicanos de la generación del *Crack* (con su Manifiesto), y quienes aparecimos en la antología de *McOndo* (que salieron publicados ambos en 1996 y es mi generación), tenemos más diferencias que cosas parecidas y nos unía el deseo de no tener cosas en común. Al final, la literatura es como un archipiélago, cada escritor es una isla aunque esté cerca de las otras. (Campuzano 2009)

El boliviano Edmundo Paz Soldán coincide con esta posición al observar que en la literatura latinoamericana: “Estamos viviendo un gran momento ecléctico. Hay novelas con preocupación política e histórica, [...], pero también hay registros intimistas, [...], una mezcla ambiciosa de géneros, [...] y un largo etcétera” (Kummetz 2009). Los escritores actuales, en su criterio, no están desvinculados de sus realidades, no han abandonado la escritura política: “Quizás sea menos obviamente política, menos ideológicamente comprometida con una bandera específica. Ocurre que la exploración de la intimidad puede ser también un tema político en las manos de un buen escritor, y eso es lo que está ocurriendo ahora” (Kummetz 2009)¹⁵.

En otros relatos estudiados, se ha visto cómo cada uno muestra, denuncia, enfrenta, cuestiona, rechaza o solamente reflexiona sobre lo que considera la “*realidad*” actual de las sociedades latinoamericanas y sobre los poderes, muchas veces ocultos, que las afirman, regulan y controlan; poderes que atraviesan los textos literarios, aunque sea de manera implícita (cfr. Foucault 1985). De manera similar, los procesos de mundialización también han dejado sus huellas en los cuentos seleccionados, porque esto que está sucediendo:

[...] no tiene que ver sólo con lo que hay «ahí afuera», remoto y alejado del individuo. Es también un fenómeno de «aquí adentro», que influye en los aspectos íntimos y personales de nuestras vidas. El debate sobre valores familiares que se desarrolla en muchos países puede parecer apartado de las influencias globalizadoras. No lo está. Los sistemas familiares tradicionales están transformándose, o en tensión, en muchas zonas del mundo [...]. (Giddens 2003: 24-25)

Con base en las reflexiones presentadas, interesa realizar un acercamiento a los cuentos: “La vida está llena de cosas así” del colombiano Santiago Gamboa¹⁶ (Bogotá, 1965), “Chica fácil” de la argentina Cristina Civale¹⁷ (Buenos Aires, 1960), “Y ¿a quién no le gustan las historias de amor?” del venezolano Alberto Barrera¹⁸ (Caracas, 1960) y “Amor a distancia” del boliviano Edmundo Paz¹⁹ Soldán (Cochabamba, 1965), estructurados a partir del entrelazamiento de una amplia gama de discursos provenientes de muy diversas prácticas sociales y culturales en un diálogo en el cual se identifican sus huellas. Esta noción de intertextualidad y diálogo serán instrumentos medulares para el acercamiento a los relatos ya

que sus propuestas responden eficazmente a las problemáticas actuales. En la intertextualidad, dice Amoretti: “[...] (se) propaga la relatividad de cada posición individual, la autocrítica de cada palabra (recordar la idea de Bajtín de que toda palabra es discutible), el socavamiento de todo monologismo dogmático y oficial, la profanación carnavalesca de todo lo sagrado y la subversión de toda autoridad” (2007: 90). Todo esto es muy evidente en los cuentos seleccionados, cuyos autores no son desconocidos ni recién llegados al campo literario, su versatilidad para desempeñarse en diversos medios de comunicación así como su capacidad para interrelacionar distintas disciplinas y prácticas culturales (radio, periódicos, revistas, televisión, cine y blogs en internet) indican que no pueden ser considerados únicamente como escritores de literatura.

El acercamiento a los textos se efectuará a partir de dos ejes fundamentales presentes, en mayor o menor medida, en los cuatro relatos. El primer eje en común es el espacio urbano en que transcurren las historias. Son ciudades de los tiempos actuales que han sufrido inevitables y profundas transformaciones durante las últimas décadas, las cuales también han cambiado las condiciones de vida de las gentes que las habitan. El segundo eje descansa en las emociones, o mejor aún, pasiones surgidas al abrigo –o desabrigado– de esas ciudades, pasiones que aparecen como síntomas de las complicadísimas dinámicas sociales que enfrentan las gentes del siglo XXI y se manifiestan en los personajes, quienes intentan negociar, a menudo sin ningún éxito, con las variantes circunstancias que atraviesan en sus vidas. En ocasiones, estos “estados sensibles”, como llama Bataille a las pasiones, los llevan a subvertir las voluntades de verdad establecidas y los rituales que las acompañan y a pesar de ello, los personajes parecieran capaces de enfrentar con soltura las posibles consecuencias de tales subversiones. Otras veces, en cambio, apenas sobreviven ante la brutalidad de los eventos ocurridos, entregándose, perdidos, bajo una enorme sensación de pérdida y vacío, que serán en adelante sus compañeras. El miedo, el deseo, la desesperación y la esperanza circulan en los textos, en los cuales el lector contemporáneo podría revivir, de manera fragmentada, pasajes de su vida. Cada relato destaca en un primer plano alguna emoción, una pasión dominante, surgida del escenario de las ciudades del fin de siglo, donde ocurren las historias.

3. De ciudades

La crítica literaria coincide en señalar a las ciudades tardío-capitalistas, desmedidas y caóticas, como los escenarios privilegiados donde acontecen la mayoría de las historias de los cuentos latinoamericanos más recientes. A veces se muestran como grandes urbes anónimas, donde suceden hechos y nacen discursos que podrían surgir en cualquier lugar del mundo, al carecer de señas determinantes que permitan atribuirlas a un sitio en particular. En esta ocasión, sin embargo, los cuentos seleccionados transcurren en espacios citadinos plenamente identificados, gracias a la inclusión de una serie de lugares con nombres reconocibles: calles, mercados, centros comerciales, hoteles, cines... puntos particulares de varias ciudades específicas: Bogotá, Buenos Aires, Caracas, Cochabamba. Ciudades cuya descripción se aleja de la “ciudad ordenada” latinoamericana fundada por los conquistadores, la cual, según la propuesta de Ángel Rama, vino a inaugurar “una nueva distribución del espacio que encuadraba un nuevo modo de vida” (Rama 1984: 1) y que fue desarrollándose en varias etapas²⁰ a lo largo del tiempo. Esas ciudades han cambiado, afirma Gustavo Remedí y en el momento actual han sufrido una serie de transformaciones formidables, habiéndose convertido en sitios hostiles y

extraños para sus habitantes, quienes las perciben como “[...] violentas, apresuradas, desparejas, equívocas, sumamente desorientadoras y traumáticas, generando la sensación y la idea de su falta de lógica, de su naturaleza caótica y desarticulada, espontánea, aleatoria, auto-generada, indescifrable [...]” (Remedi 1997).

Las ciudades americanas del siglo XXI viven la confusión provocada por el crecimiento urbano descontrolado, agravado por la migración desde las zonas rurales, desde otras ciudades o países vecinos, lo cual genera la aparición incesante de zonas marginales cada vez más amplias. Según apunta Florencia Quesada (cfr. 2006), tales condiciones inciden en su desarrollo desmedido, convirtiéndose en “megaciudades”²¹ extendidas, que se pierden en el horizonte. Algunas todavía conservan un centro “simbólico”, pero son en realidad “policéntricas”, urbes inmanejables para sus administradores, hostiles y deshumanizadas para sus habitantes, quienes escasamente tienen la posibilidad de conocerlas por completo; mucho menos de sentirse seguros y protegidos dentro de ellas, en vista de la violencia que las ha invadido. Los asesinatos, secuestros, asaltos y toda clase de delitos mayores y menores, son el pan de cada día, lo cual provoca una suerte de paranoia entre los ciudadanos que miran con sospecha a cualquiera que transite a su lado. El resultado de todo esto ha sido una marcada segregación de las ciudades en zonas o centros, cada uno ocupado por una específica clase social, con una estética que corresponde a parámetros comerciales establecidos para dicho tipo de gente, la cual recibe servicios diseñados en función de su capacidad adquisitiva. Todo esto y mucho más sucede en las ciudades de América Latina como se verá más adelante.

4. De pasiones

El diccionario de la Real Academia de la Lengua²² define el término **pasión** como una “perturbación o afecto desordenado del ánimo”, cuyo resultado en quien lo experimenta es la pérdida de control de sus emociones y por lo tanto, una posible conducta poco racional. También lo señala como una “inclinación o preferencia muy vivas de alguien a otra persona”; tal tipo de pasión indicaría una gran afinidad, pero no necesariamente afecto hacia esa otra persona. Cuando éste surge, podría conducir al amor. Un significado más de la palabra lo explica como el “apetito o afición vehemente a algo”, un deseo que impulsa, irracionalmente, a obtener por cualquier medio lo deseado. Algunos pensadores han afirmado que la pasión proviene de la *emoción*, la cual es vista como una “alteración del ánimo intensa y pasajera, agradable o penosa, que va acompañada de cierta conmoción somática”. En neurobiología, se dice que las emociones aparecen como reacciones necesarias para la supervivencia. Son producidas por el sistema límbico en combinación con la corteza prefrontal y sirven como mecanismo de adaptación del ser humano. Para el neurobiólogo Antonio Damasio, las emociones dan origen a los sentimientos, los cuales “[...] no son intangibles ni esquivos. [...] Son el resultado de una disposición fisiológica curiosísima que ha convertido el cerebro en la audiencia cautiva del cuerpo. [...] Los sentimientos forman la base de lo que los seres humanos han descrito durante milenios como el alma o el espíritu humanos” (cfr. 2006: 13-14).

Podría decirse que la diferencia entre la emoción y la pasión, a partir de sus significados, es la intensidad del sentimiento y su duración. Mientras la emoción es una alteración pasajera, la pasión es una perturbación, una pérdida de juicio mantenida por un periodo más extendido. Se puede pasar de la emoción a la pasión a partir de la intensificación y prolongación del sentimiento. Para Abbagnano:

Una línea de pensamiento que va desde Pascal a través de los moralistas franceses e ingleses [...], Rousseau y Kant ha llevado al reconocimiento de la categoría del “sentimiento” como principio autónomo de las emociones y a la elaboración de la noción moderna de “pasión” como emoción dominante, capaz de penetrar y de dominar toda la personalidad humana. (1974: 385)

Desde la antigüedad, numerosos pensadores han reflexionado sobre las emociones y las pasiones, considerándolas, por lo general, como un sentimiento que genera la pérdida de la razón de un sufriente pasivo. Esa pérdida de la razón –caer en la irracionalidad– a partir de la pérdida de la voluntad –sentirse impotente– en una sociedad que privilegia la racionalidad y el autocontrol ha sido vista, sin lugar a dudas, como un efecto negativo producido por emociones y pasiones.

En la actualidad, numerosas disciplinas como la neurobiología, la filosofía, la psicología, la sociología, la lingüística, la literatura, han abordado el estudio de las emociones, sin que ninguna haya logrado respuestas que abarquen de modo amplio y certero todos los cuestionamientos surgidos. Se ha dicho que su origen y funcionamiento no depende sólo del cerebro, del estado del cuerpo, de las imágenes exteriores ni del proceso cognitivo del ser humano, sino de la suma de estos elementos y muy probablemente de otros más, aún incógnitos. Antonio Damasio defiende su propia definición considerando las emociones como “[...] algo concreto, tanto desde el punto de vista cognitivo como del neural. [...] Comprender los mecanismos biológicos que hay detrás de las emociones y los sentimientos es perfectamente compatible con una visión romántica de su valor para los seres humanos” (2006: 195). En un artículo sobre el tema, Casado y Colomo (2006) señalan la diversidad de planteamientos, los cuales van desde quienes niegan el significado y función de las emociones; a quienes enfatizan su carácter negativo, hasta quienes las igualan o las consideran superiores a los procesos racionales. Sin embargo, llegan a la conclusión de que

[...] lo que parece mantenerse a lo largo de los siglos y es por tanto común, es el dualismo emoción-razón [...] Las emociones se siguen percibiendo como procesos independientes de los procesos reflexivos o racionales y como consecuencia se consideran experiencias negativas o disruptoras que malogran las conductas o las actitudes de los individuos. (Casado y Colomo 2006)

Es interesante observar la manera en que cada uno de los personajes en los relatos en estudio, manifiesta esas emociones y las pasiones, en función de las experiencias vividas y las circunstancias en que ellas suceden. Es lo que se verá en lo que sigue: el viaje emprendido por cada uno de los protagonistas; viaje en el que realizan un recorrido textual por algunas ciudades del continente, acompañados por las pasiones que los dominan.

5. Bogotá: angustia y miedo

Dentro de poco una megaciudad, pues cuenta con alrededor de siete millones de habitantes, Bogotá es el escenario que da pie al relato de Santiago Gamboa, “La vida está llena de cosas así”, en el cual señala Andrea Fanta (2008), se ilustra claramente “[...] la transgresión geográfica y social en una Bogotá fracturada por el **Bogotazo**”²³. A partir de este suceso y cada vez en mayor medida se escenifica “[...] la disolución de las lealtades comunitarias, la lucha cuerpo a cuerpo por la supervivencia” (von der Walde 1998: 212). Gamboa coincide con estas interpretaciones de la situación política y social del país al afirmar que “[...] la violencia, la corrupción y los demás problemas nos han botado hacia opciones de realidad alternativa que se han terminado de imponer como la única realidad posible para nosotros”²⁴; una realidad que convierte a Colombia en un país de ciudades, controlado por tres poderes enfrentados

entre sí: el gobierno, las guerrillas y los paramilitares, los cuales cuentan con un elemento en común: el narcotráfico “[...] tal vez el fenómeno en donde se cruzan de manera más dramática la experiencia colonial y el capitalismo [...]” (von der Walde 1998: 229).

Uno de los resultados de esa violencia creciente que ha invadido –en mayor o menor medida, pero de manera general– a las ciudades latinoamericanas y en este caso particular a las colombianas, son la angustia –el “temor opresivo sin causa precisa”– y el miedo –“perturbación angustiosa del ánimo por un riesgo o daño real o imaginario”²⁵– que responden a la percepción de sus habitantes sobre la inseguridad y peligrosidad de ciertas zonas, lo cual ha determinado su escaso desarrollo económico y social pues nadie desea visitarlas y mucho menos vivir en ellas.

De acuerdo con la teoría que sobre el miedo y la angustia propuso Kurt Goldstein en 1934 (citado por Abbagnano), el ser humano logra su adaptación al mundo en que vive a partir de superar “*pequeñas catástrofes*”. Cuando éstas dejan de ser pequeñas, las reacciones se acrecientan y aparecen en forma de angustia, una sensación algo difusa pues no tiene un objeto concreto que la produzca. Si el objeto adquiere materialidad, aparece el miedo como una emoción de rechazo ante éste y la necesidad de huir de él; existe conciencia del detonante de ese miedo pues se le tiene al frente. La amenaza de la aparición de la angustia también produce miedo, precisamente porque no se la puede combatir e implica una ruptura entre la persona y el mundo. La angustia “es el sentimiento de una sacudida que afecta tanto a la existencia del mundo como a la propia. No puede tomar conciencia de su yo más de lo que pueda tomarla del objeto, ya que la conciencia del objeto no es más que el correlato de la conciencia del objeto” (Abbagnano 1974: 394). La angustia envuelve a la persona que la sufre y le impide defenderse al no saber a qué se enfrenta. En las sociedades modernas, el miedo y la angustia casi siempre van juntos, pues se han construido imaginarios ligados a la vida colectiva que estimulan su aparición. Así, la historiadora Joanna Bourke afirma que “[...] los miedos son en buena parte invenciones sociales. Cuando se producen cambios, aparecen nuevos miedos. Por ejemplo, con la tecnología. Y son manipulados por los Gobiernos y los grupos de poder” y añade: “[...] El miedo es la emoción más fácil de estimular. Es un juego de niños hacerlo, al contrario que el amor. Incluso es más fácil hacer a la gente sentir miedo que odio” (cfr. 2006)²⁶.

Sin embargo, las estadísticas sobre el aumento de la criminalidad y la violencia permiten afirmar que la percepción de miedo e inseguridad que tienen los habitantes de las ciudades tiene una base real, aunque también se debe en buena parte a la explotación desmedida de los hechos delictivos y amenazantes que efectúan los medios de comunicación, los cuales instrumentalizan el miedo como un arma de control social, habiéndose convertido en “profesionales de la inducción del miedo” (cfr. Bourke 2006). En las sociedades actuales, “[...]estamos sobreexpuestos a información que produce miedo” (cfr. Bourke 2006).

Todo esto incide en la construcción de imaginarios urbanos donde el temor al “*Otro*” peligroso se impone, y donde se representan, al mismo tiempo, los antagonismos entre las clases. Estas se han atrincherado en distintos puntos de la urbe, como ha sucedido en la geografía de Bogotá, convirtiéndola en “*múltiples subciudades*”, cada una segregada de la otra. De ese modo, el lugar donde se vive marca el estrato social al que se pertenece y así serán las condiciones que rodean al sitio. El centro de las ciudades

[...] ha perdido sentido y valor. Ahora es un espacio “vacío”, según su nueva reconceptualización de la ciudad, ya no vale la pena frecuentarlo. Estos centros tradicionales, simbolizados por el parque o plaza central, que todavía conforman el centro histórico y son patrimonio arquitectónico en muchas ciudades latinoamericanas, han sido “tomados” especialmente por los sectores populares en la vida cotidiana, como lugar de trabajo y diversión [...]. (Quesada 2006, versión digital)

Quienes viven en el centro y el sur²⁷ (cfr. Fanta 2004) habitan una ciudad percibida como mostruosa, donde campean el abandono y la exclusión social, provenientes del rechazo y temor que hacia ellos manifiestan las clases altas. Estas, posesionadas del norte, habitan en barrios geográfica y socialmente separados del resto de los pobladores. Allí “[...] se han recluido en sus “burbujas” y mundos exclusivos de condominios cerrados, clubes, escuelas, centros comerciales [...]” (Quesada 2006 versión digital), donde se han rodeado de agentes de policía privados. Entre altas tapias, rejas y alarmas, viven en una especie de microcosmos capaz de proveerlos de lo necesario y lo suntuario para satisfacer sus deseos, sin tener que salir al exterior, percibido como hostil. La engañosa sensación de seguridad que el aislamiento les brinda también manifiesta el enfrentamiento entre las diferentes clases, al implementarse transformaciones sociales que agravan “[...] la desigualdad, la marginalidad y la polarización espacial; el impacto de la marginalidad sobre la ciudad; la tendencia a la fractura urbana; la consolidación del “barrio-mundo” y de la “casa-mundo”, reforzados, respectivamente, por una concepción clasista e individualista del mundo [...]” (Remedi 2003 versión digital).

La dinámica geográfica y social instaurada dentro del extendido perímetro capitalino de esta ciudad dividida ha eliminado el concepto de comunidad y los lazos de solidaridad, favoreciendo un individualismo exacerbado que acrecienta la angustia, la sensación de soledad y el aislamiento de las gentes. En este escenario, surge la infeliz historia de la joven y rica Clarita Montero, contada por una voz narrativa omnisciente que en ocasiones cede la palabra a la protagonista. El lector se entera del obligado desplazamiento de la joven, cuando al salir de su barrio-mundo al volante de su automóvil “Alpine”²⁸, por un descuido –del cual culpa a la víctima– atropella a un jardinero que trabaja en su vecindario. Debe entonces viajar, en busca de un hospital, desde el norte de las clases “altas” hacia el sur de las “bajas”, mientras conduce por la calle 12, la octava, la séptima, la Avenida Chile... No resulta gratuito el comentario de Roberto Rubiano Vargas en su artículo “El cuento de Bogotá” (2007) cuando señala este relato de Gamboa como “[...] una especie de road movie urbano [...] los escenarios son las calles de la ciudad nombradas una por una, a medida que el relato se desgrana como las desgracias sobre su protagonista” (Rubiano 2007). El riquísimo simbolismo incorporado en el tema del viaje, resumido según Chevalier, “[...] en la búsqueda de la verdad, de la paz, de la inmortalidad, en la busca y descubrimiento de un centro espiritual” (1995: 1065), es subvertido en el caso del relato, dado que la protagonista no encuentra “su verdad” y pierde la paz, luego de la experiencia traumática vivida durante él. Se ve obligada a emprender otro viaje, esta vez una huida al extranjero, donde tal vez, algún día logre descubrir su centro espiritual.

Típica “niña-bien”²⁹ de quien no se dan detalles importantes y cuyo padre, el “doctor Montero”, le resuelve todo en la vida, Clarita es una joven superficial y egoísta quien gasta el tiempo en placeres banales: participa en juegos de mesa; acude a paseos y fiestas en el Club, visita el centro comercial –*Unicentro*– donde ve vitrinas, hace compras y va al cine. Lo que más disfruta es lo que con humor llama “las tres C”: **cine** –“en el Astor Plaza”–, **comida** –“en El Rancho”– y **cama** –“en la madrugada [...] en el estadero del Norte” (81)³⁰–, con Carlos. En una época, en que la interconectividad se extiende por el mundo, paradójicamente, ella como tantas otras personas, vive aislada en su mundo, relacionándose sólo con sus iguales e ignorante de todo lo demás. Apegada a los rituales sociales de su clase, pareciera incapaz de un sentimiento amoroso profundo hacia otro que no sea ella misma. Aunque se declara “enamorada” de Carlos, un joven con quien tiene relaciones sexuales y es miembro de su club social, duda del alcance de los lazos emocionales entre ellos, al considerar que “[...] sus amigas

tenían razón: Carlos era un poco vulgar. Pero la excitaba, todavía tenía adentro su olor” (81). El temor a la opinión de los demás parecía imponerse en la joven, quien no muestra tener una personalidad definida. De ahí que quiera el consejo de su amiga Tita, para decidir sobre el futuro de su relación con Carlos... tal vez lo más interesante en qué ocupar su pensamiento en ese momento de su vida. Por esto, el título del relato podría interpretarse como un guiño irónico del autor ante la experiencia sufrida por la protagonista. La vida de los otros sí “está llena de cosas así”, pero no la de Clarita, quien parecía incapaz de reflexionar y aprender de sus experiencias; menos aún cuando por primera vez y en un espacio “*ajeno*” tiene contacto con los “*otros*”, diferentes y amenazantes, a quienes teme y prefiere invisibilizar. Dicho contacto es suficiente para hacerla perder la cordura y emprender la huida, en un intento por recuperarse sin salir de sí misma y de su egoísmo. De Carlos... no se vuelve a hablar.

El barrio de Clarita está al norte de la ciudad, cerca de un exclusivo “*Club*” y de centros comerciales frecuentados por los residentes de la zona, quienes no necesitan desplazarse fuera para llevar una vida plena, acorde con su estatus social. La joven sólo ha bajado al centro de la ciudad dos veces en toda su vida cuando fue “[...] al Salón Rojo del Hotel Tequendama”; conoce la Catedral y el Palacio de Justicia sólo “[...] de haberlos visto en televisión” (86). Dada la polarización del espacio citadino, el mundo de los habitantes del centro y del sur, gentes “*otras*”, le parece a Clarita muy lejano y difuso, casi inexistente, y a decir verdad, no le interesa en lo más mínimo. Por ese motivo, su vida cambia para siempre por causa del inesperado accidente, pues debe salir de su “*zona de seguridad*”, de esa parte conocida y familiar de la ciudad “donde el sol y el viento” (81) la hacen sentir segura y feliz, para ingresar en el “*otro*” lado, desconocido y siniestro, donde percibe crecientes amenazas que le provocan gran angustia y miedo. Hasta el sol se oculta tras una nube y siente frío conforme se interna en el “*centro*” histórico y simbólico de la ciudad, rumbo al Hospital San Juan de Dios. Así le cuenta a su psicoanalista en Boston:

Yo me sentía segura, sentía que podía hacerlo. Por eso fui. Ya le expliqué que era un día de sol lindo, doctor, que la noche anterior había tenido relaciones con un joven al que frecuentaba y que más tarde tenía una fiesta sport en el Club. Todo eso influyó. Además era sábado, no era época de exámenes y pensaba ir donde Tita, una amiga, y contarle lo de Carlos, a ver si me ayudaba a tomar una decisión sobre él. Pero claro, mientras iba hacia el sur por la Séptima yo no pensaba en eso, tan angustiada estaba. (85)

Clarita dice sentirse “segura” a partir de una serie de hechos insuficientes para sostener tal seguridad: el día bonito lleno de sol, las relaciones con Carlos la noche anterior, la fiesta en el Club, no era época de exámenes e iba donde su amiga... Sin embargo, al transgredir los límites del sitio al cual pertenecía e ingresar en el espacio de la otredad, la angustia –el otro nombre del miedo– se adueña de ella. A partir de ese momento, los hechos se desencadenan rápidamente y aumenta la sensación de pavor y el descontrol de la joven, expresados a través de un aceleramiento en la velocidad de la narración. La poca capacidad de razonamiento que la voz narrativa atribuye a la joven a lo largo del relato es anulada por efecto de una emoción tan poderosa, que hace actuar irracionalmente hasta las personas más centradas, más aún a Clarita sin habilidad para enfrentarla. El lector se entera muy pronto de que la joven no tiene salvación cuando la voz narrativa adelanta el desenlace, en la mitad del relato: “Sin saber lo que hacía, Clarita perdió la última oportunidad de evitar lo que más adelante sólo el tiempo, un traslado definitivo a Boston, la tranquilidad y el psicoanálisis podrían curar” (84).

El periplo de Clarita muestra algunas de las características propias de los habitantes en las ciudades del capitalismo tardío, como el individualismo y la deshumanización, escenificados

en el hospital del norte de la ciudad, el *Centro Médico de los Andes*³¹ en Usaquén³², primero al que la joven llega y donde el herido no es aceptado pues ella no lleva dinero ni su tarjeta de crédito para cubrir los gastos. Se ha escrito mucho sobre el materialismo que impera en las sociedades actuales y los centros hospitalarios, públicos y privados no están exentos de él. Sobre todo en los hospitales privados, el paciente es sólo un cliente que debe pagar altas sumas antes de ser atendido. No son muchas las sociedades en donde exista la Seguridad Social³³, por lo tanto, en los centros privados, como sucede en el relato, los enfermos no son admitidos si no pagan anticipadamente una considerable suma de dinero a través de una tarjeta de crédito, para de esa manera aumentar el monto cobrado por cada procedimiento que se aplica y con cada utilización de medicinas y materiales quirúrgicos. La enfermera escucha el relato del accidente, observa el aspecto humilde del herido, descubre que padece de epilepsia y le aconseja a Clarita: “[...] déjelo rápido en algún lado y váyase para su casa” (83); advertencia que implica fomentar la irresponsabilidad en la joven, al inducirla a evadir las consecuencias de sus acciones. Sintetiza la falta de solidaridad y el egoísmo, acrecentados por un miedo irracional a los demás, propios de la época. El consejo de la enfermera hace dudar a la joven, quien no sabe si cumplir con su deber y llevar al hombre accidentado a otro centro de salud o abandonarlo y huir. Actuando casi por inercia, se dirige al centro de la ciudad, en busca del hospital.

El contraste entre su propio mundo civilizado y el que descubre en el centro de la ciudad –un barrio marginal dentro de una zona marginal– alteran aún más a Clarita. Le parece un mundo totalmente diferente al suyo, cercano a la barbarie: las calles estan tapizadas de huecos y son estrechas, “comenzó a ver basuras y tenderetes en todas las esquinas” y en un momento en que el tránsito queda atascado “[...] el vidrio del carro se convirtió en un mosaico de manos que le pedían limosna, que le ofrecían cadenas robadas, cigarrillo y paquetes de Kleenex” (86). Las descripciones de la voz narrativa sobre la experiencia y emociones que vive Clarita llegan a ser insuficientes y es la joven misma quien recuerda lo sucedido al relatarlo a su analista:

Yo, doctor, si quiere que le diga la verdad, ya ni sentía miedo. Era como si tuviera dormido el músculo del miedo, ¿me entiende? Mi casa, el Club, el barrio, Unicentro, me parecían lugares inalcanzables de los que había salido hacia tres vidas. El sur era para mí la boca del lobo, ¿me va entendiendo?³⁴ (87)

En este estado de cosas, el paroxismo del terror para Clarita llega cuando su auto es tomado por varios hombres que la obligan a ceder el control, para llevar de emergencia a una mujer parturienta, precisamente al Hospital al cual la joven se dirigía.

El ambiente protegido en que Clarita ha pasado su vida, inserta en una posición hegemónica gracias a la cual ha vivido recluida dentro de su círculo exclusivo y privilegiado, le ha impedido conocer la existencia de los marginados, esos seres que viven en condiciones tan diferentes a las suyas, habitantes de lugares imposibles de imaginar, ante quienes su pavor no tiene límite. No es capaz de reconocerlos como personas con parecidos sentimientos y necesidades; no sabe discernir cuándo es necesario tender una mano solidaria y cuándo retirarse de posibles criminales en busca de una oportunidad para delinquir, pues desconfía de todos aquellos que estén fuera de su barrio-mundo. Al subsanar el error cometido con el atropello de “el hombrecito en bicicleta” (82), el supuesto jardinero, quien porta una pistola y es en realidad un criminal con la misión de asesinar a su vecino el congresista, la joven expone su vida. Sin embargo, ella ni siquiera se plantea esa posibilidad al creerlo realmente un jardinero trabajador de su lado del mundo, de su *barrio-mundo*.

Por otro lado, en medio de una situación de vida o muerte, la familia del centro de Bogotá que suplica por su ayuda para trasladar de emergencia a la parturienta es rechazada;

debe acudir a la fuerza para tomar el vehículo y así intentar salvar a la madre y al niño. Mientras esto sucede, la joven, ya fuera de sí, se desmaya pues el miedo la controla totalmente. El desmayo ante un peligro “[...] no es más que la negación del peligro, la voluntad de alejarlo” (Sartre citado en Abbagnano 1974: 394). Al recobrarse, se encuentra en una habitación del hospital donde, aterrorizada, se niega a recibir el agradecimiento de la humilde familia, cuyos miembros se han salvado gracias a la utilización de su vehículo. El padre de la joven la traslada a la clínica del Country, para posteriormente enviarla a vivir a Boston, con la esperanza de que algún día se pueda recuperar del trauma sufrido. Clarita le cuenta a su analista: “No sé doctor, no sé si es mentira de los médicos de Colombia, pero llegaron a decir que cuando mi papá por fin llegó a recogerme al hospital yo no lo reconocí. ¿A usted le parece posible?” (88).

Es tal el grado de terror vivido por Clarita que ya no “reconoce” a su padre, y con él tampoco a “los médicos de Colombia”, quienes le fallaron al abandonarla y dejarla enfrentar sola “las cosas” que sucedieron. En su travesía por el centro de la ciudad lo “otro”, lo siniestro, se posiona de ella y de su espacio –su auto– alienándola de su ser anterior –víctima también de otro tipo de alienación– tal vez en castigo por haber invadido ese extraño territorio “otro”, que no conocía, nunca le había interesado y temía. La presencia de miedo y angustia en el cuento son constantes desde el momento del atropello hasta el desenlace. La voz narrativa, a lo largo de ocho páginas y media, dice varias veces que Clarita tenía “miedo”. Cuenta que: “está asustada”; “se asusto”; “está muerta de pánico”; “temblaba de pánico”; “temblaba de miedo”; sentía “desesperación”; “sintió frío en los brazos”; se puso “nerviosa”; “el corazón se le iba a salir del pecho”; buscó protección “con ojos huérfanos”, “estuvo a punto de gritar”; “sintió pánico”, “gritó de pánico” y relata cómo el pavor la hizo desmayarse en dos ocasiones. Después de tanta emoción negativa, la única solución posible para que Clarita vuelva a “su normalidad” y encuentre paz, ya que ella no puede cambiar y dejar de “ser” quien “es”, es cambiar de lugar –un viaje de huida– con su “traslado definitivo” a Boston, donde continuará viviendo una vida “encapsulada”, con ella como centro de todo su mundo.

6. Buenos Aires: deseo

El cuento “Chica Fácil”³⁵ de Cristina Civale transcurre en Buenos Aires, ciudad de más tres millones de habitantes que al formar parte de una región más amplia llamada “*el gran Buenos Aires*” es considerada una megaciudad, uno de los mayores centros urbanos del mundo con alrededor de trece millones de habitantes. Esta ciudad y un autobús en movimiento, encierro móvil que a lo largo de una ruta predeterminada, del centro hacia la zona del puerto, transporta también el deseo –según algunos, protagonista principal en la vida humana– dan pie a un encuentro fortuito entre un hombre y una mujer, quienes manifiestan una actitud abierta ante las oportunidades placenteras que la vida les brinde. La mujer, narradora protagonista, habla en primera persona y cuenta las circunstancias que acompañan ese encuentro.

La anónima pareja –podrían ser cualquier hombre y mujer jóvenes del siglo XXI– coincide en el autobús y se “reconoce” sin mediar palabra, al ingresar la mujer al autobús y ver al hombre que le mira los labios. Son las acciones de la narradora y su acompañante y no los diálogos los que van desencadenando la historia, la comunicación oral es prácticamente nula, se limita a una pregunta de él y una corta respuesta negativa de ella, quien refiere el corto diálogo, sin que los lectores lo conozcan de modo directo.

La ciudad de Buenos Aires aparece en un segundo plano, no tiene la presencia de Bogotá en el cuento anterior, aunque también las referencias a lugares reales de la ciudad –calles y

avenidas como Alem, Tucumán, Azopardo, el puerto– sostienen la historia. La mujer, al lado de la cual se acomoda la protagonista “[...] parecía un ama de casa que, a juzgar por los paquetes, había aprovechado las ofertas de fin de temporada de las Galerías Pacífico” (198)³⁶.

La ruta del autobús pasa por los alrededores de la Calle Florida y la Avenida Córdoba, punto donde, seguramente, lo aborda la mujer con los paquetes. Allí están situadas las *Galerías Pacífico*, uno de los centros comerciales más importantes y tradicionales de Buenos Aires, declarado Monumento Histórico por su valor cultural en 1989. A pesar de ese reconocimiento, un año más tarde, en 1990, fue remodelado y convertido en un lujoso y exclusivo Mall, cuya transformación levantó gran controversia ya que, para algunos, representó el rechazo de su valor simbólico –como algo propio de la nación Argentina– en aras de un progreso comercial que no respetaba nada. Al denunciar las alteraciones y renovaciones llevadas a cabo en la capital, Beatriz Sarlo lo pone como ejemplo de lo que no debía permitirse, pues significaba la destrucción de la herencia cultural : “[...] en las Galerías Pacífico, en pleno centro de Buenos Aires, (donde) los murales de Berni y de Spilimbergo, que se pensaban salvar, quedaron completamente invisibles” (cfr. 1996).

Los avances de los procesos mundializadores y el afán mercantilista que los acompaña podrían muy bien representarse en el surgimiento dentro de las ciudades de América Latina de esos enormes centros comerciales al estilo de los existentes en los Estados Unidos. En ellos, se impulsa también el estilo de vida, valores y cultura propios de ese país, dentro de un ambiente de seguridad garantizado por guardias privados, lo cual convence a los padres de familia de favorecerlos como sitio de entretenimiento para sus hijos. Según propone Florencia Quesada en su estudio “Imaginarios urbanos, espacio público y ciudad en América Latina” (2006), estas construcciones caracterizan a las ciudades del continente desde finales del siglo XX.

Los *malls* son lugares donde la arquitectura monumental importada, está asociada con el paseo y la recreación, pero ante nada son espacios creados y pensados para el consumo. A la vez, son un nuevo espacio público para la distinción y diferenciación simbólica especialmente de las clases altas y medias. La construcción ilimitada de estos “moles/males” comerciales (pareciera que se reproducen como hongos en el bosque), en diferentes puntos de la ciudad, no sólo ha cambiado el paisaje urbano, sino que también ha transformado el uso del espacio público en las ciudades de América Latina, además de reestructurar, en forma concentrada las inversiones, los servicios y provocar la desaparición de pequeños comercios y locales que no pueden competir con ellos. (Quesada 2006)

La diferenciación de clase señalada por Quesada se hace evidente en el relato de Civale, cuando la voz narrativa, luego de describir sus propias ropas y estilo, se refiere a “la mujer que parecía un ama de casa” con un tono algo despectivo, al suponer que sólo podría comprar en las exclusivas *Galerías* aprovechando los descuentos. Esta separación se establece también en virtud del medio de transporte utilizado, pues la protagonista se considera a sí misma y al hombre que vio al subir, como *diferentes* de los demás pasajeros, diferencia que implica superioridad.

Mientras el autobús se acerca velozmente al puerto, la narradora mira hacia fuera y describe de pasada los edificios derruidos, a punto de caer, la basura amontonada en los cordones de las aceras y el infaltable vagabundo rebuscando desechos de comida entre las bolsas de la basura; cuando llegan al puerto, se bajan del transporte y caminan “[...] hacia unos silos oscuros y silenciosos” (199). El clima del cuento no transmite de ninguna manera la angustia e inseguridad sentidas por la protagonista del cuento anterior; la narradora no señala ninguna sensación de peligro, angustia o miedo, sin embargo, no puede dejar de percibirse en las escenas descritas, la cotidianeidad de los barrios marginales de las grandes ciudades.

Pero Buenos Aires es sólo el telón de fondo que acompaña el relato de la protagonista, quien con frases cortas y desde el párrafo de inicio que hace las veces de íncipit³⁷ indica hacia dónde se dirige la historia:

Cuando subí al autobús el hombre ya estaba allí, de pie, como esperándome. Era la primera vez que lo veía. Hacía frío, aunque era una tarde de primavera. Yo iba tapada hasta los dientes, llevaba puestos unos guantes negros y un sombrero de matelassé; ostentaba un cierto desaliento que delataban mis labios mal pintados con un rouge rojo fuerte que hacía mi boca más grande, más violenta y, sobre todo, la cargaba de un vicio que escapaba a todo control sobre mis intenciones. Me miró directo a los labios y yo, pasándome la lengua por los contornos bajé los ojos, apenas ruborizada. (198)

El juego de la seducción y el deseo narcisista se instalan desde ese comienzo, al aducir la narradora la imposibilidad de controlar la percepción que sobre sus intenciones surja en el hombre, que le mira su boca pintada de color rojo intenso³⁸. Pero la total conciencia de las reacciones que su aspecto podrían despertar en otros se evidencia en la descripción de su vestimenta y de sus labios³⁹; descripción cargada de lujuria, expuesta en el empleo de las palabras violencia y vicio y en el reconocimiento de su desaliento. Su intención real pareciera ser llamar la atención suscitando deseos eróticos al participar voluntariamente en la puesta en escena de ella misma como “espectáculo”, donde realiza la fragmentación de su propio cuerpo, al convertirse en unos “labios rojos cargados de vicio”. Se construye así como un “[...] objeto privilegiado del deseo [...] y se propone(n) como objeto al deseo agresivo de los hombres” (Bataille. 1997: 136-137).

Entra en juego aquí el título del relato: “Chica fácil”. Los señalamientos patriarcales sobre la conducta que las mujeres deben tener adjudicaría el calificativo de *fácil* a una joven que actúe como la protagonista, llamando la atención hacia su persona al explotar el erotismo y provocar el deseo sexual. El diccionario asigna a *fácil* los sinónimos de *frágil, liviana y ligera*, los cuales llevarían a considerar a una mujer⁴⁰ calificada de ese modo, como alguien con *propensión a caer en algún pecado, sobre todo contra la castidad*; su *informalidad, ligereza e inconstancia en su relación con los hombres* rompe las reglas establecidas por la voluntad de verdad del patriarcado; su castigo será ser señalada como “*impura*” o “*prostituta*” y por lo tanto, marginada. No cabe duda de que la narradora cumple cabalmente con los requisitos establecidos para ser considerada fácil, lo cual no parece preocuparle de ningún modo, es una “*chica*” probablemente joven y la visión de la sexualidad también ha ido cambiando en las sociedades citadinas con el paso del tiempo y los acontecimientos, sobre todo dentro de los ambientes juveniles. La protagonista desea que el hombre se le acerque y se siente ofendida cuando él parece perder interés en ella, pues la imagen que de sí misma tiene la hace sentirse especial y única. No obstante, poco después, con la mirada, él busca de nuevo sus labios y acude a sentarse a su lado, acción que ella acepta con naturalidad y también con excitación:

En general, en los autobuses no viaja gente así; también es verdad que un ejemplar como yo es de raro tránsito en un transporte público. Así que cuando vi al hombre sentado a mi lado pensé que estaba buscando una aliada para atravesar el curso de esas aguas desconocidas pero carentes de peligro. Sin conocerlo, supuse que el hombre ya sabía que pertenecíamos a mundos parecidos. (198)

En la atracción que ha sentido por el hombre, desde la primera mirada que fijó en él, ha realizado una transferencia de su propia autoestima; el deseo hacia él es un reflejo del amor que se tiene. La impresionó “[...] su belleza. Tenía una cara fresca de ángulos marcados, unos ojos claros y profundos, una piel de apariencia suave; era flaco y lampiño, con un cuerpo trabajado y melena de mujer; olía caro” (198). Al considerarlo su igual, o al menos similar a

ella, admira, como en un espejo, la percepción que tiene de sí misma y su propia belleza. Es el único entre todos los pasajeros del autobús con quien podría asociarse, al reconocer en él su condición superior, la misma que se asigna. Su percepción de que pertenecen a “mundos parecidos” abre un amplio rango de posibilidades en relación con las conductas, actividades y gustos de ambos, que podrían ir desde lo más exterior como el aspecto físico, la vestimenta y el olor hasta asuntos más íntimos como las prácticas sexuales.

La protagonista parece sufrir de lo que ha sido denominado en Psicología un “trastorno narcisista de la personalidad”, estudiado y establecido por Freud y publicado en su *Introducción del narcisismo*, en 1914; a partir de la historia de Narciso, vertida en el antiguo mito griego, donde se cuenta cómo el hermoso joven, al contemplarse en las aguas del lago se enamora de sí mismo, e incapaz de levantar la vista de su imagen muere de inanición y se convierte en la flor que lleva su nombre, Freud denomina narcisismo al proceso por el cual la libido⁴¹ se dirige hacia uno mismo. Este amor a uno mismo es necesario en la persona pues es la etapa anterior al desarrollo del amor hacia los otros. El niño sale de la etapa narcisista propia de los primeros meses de vida (“narcisismo primario”), cuando dirige una parte de ese amor a sí mismo, primero hacia los padres y luego hacia los demás (cfr. Freud 1980).

Los expertos explican cómo estas personas no han sido capaces de superar la etapa del “narcisismo primario”, producto de algún tipo de carencia emocional durante la infancia y son seres vanidosos, egocéntricos, que en realidad sienten un gran vacío interno y una baja autoestima. Para saber quiénes son, necesitan compararse constantemente con los demás y al sentirse menos construyen una imagen artificialmente sobrevalorada, que aumenta desproporcionadamente su propia importancia, belleza, inteligencia, capacidad y justifica sus exigencias y caprichos. Por esta sobreestimación, necesitan de la admiración y adulación constantes, mientras manifiestan gran egoísmo y desconsideración hacia las necesidades y sentimientos de las demás personas. Estas características son muy visibles en la protagonista del relato; en virtud de ellas y a pesar de participar activamente en el juego de la seducción, no accede a decirle su nombre y número telefónico al hombre que está a su lado. Está tensa y espera mucho más de él: que cumpla sus deseos:

Al principio no me di cuenta, pero cuando doblamos la esquina rumbo a Azopardo, ya no tuve dudas: su mano derecha avanzaba con decisión por mi entrepierna. En realidad no me sorprendí en lo más mínimo. Lo estaba esperando desde el principio, desde que me subí y él me devoró los labios con la mirada. Yo sólo esperaba acción y de alguna manera me había defraudado la suavidad de sus preguntas. (199)

El deseo de la narradora, deseo de que se cumpla su voluntad, pero también deseo de seducir se establece en el texto como un deseo de ejercer el poder; su cuerpo fragmentado es el punto de encuentro de esos deseos, cada parte convertida al mismo tiempo en fetiche-objeto de deseo y en objeto de desapego al percibirse cada una por separado: “Así recorrió mi cara, la frente, las cejas, el mentón y los labios. Luego bajó a mis hombros y llegó directo al pecho” (200). La mujer incita al hombre a brindarle placer y recibe complaciente la mano masculina en su sexo, sin interesarse en lo que él quiere.

Cuando el autobús llega cerca del puerto, ella lo toma de la mano y se bajan, dirigiéndose hacia “unos silos oscuros” donde continúan su juego erótico. Ella, dominante lo guía por medio de palabras de mando: *no dejé; (yo) sólo quería; tuve que detenerlo; lo tomé de la muñeca y lo aparté*. No le permite utilizar la boca, sólo la mano. Sobre el proceso seductivo dice Baudrillard:

Toda seducción consiste en dejar creer al otro que es y sigue siendo el sujeto del deseo, sin caer ella misma en esta trampa. También puede consistir en volverse “objeto sexual “seductivo” si el “deseo” del hombre es ése: La seducción pasa también por la “capacidad de seducir” –el encanto de la seducción pasa a través del atractivo del sexo. (1994: 84)

La seducción que ha llevado a cabo la narradora se inscribe en el planteamiento anterior y cuando llega su turno para actuar cuenta cómo: “[...] fui directo al punto. Quería hacer con mi lengua lo que él había hecho con su mano. Con la boca le abrí la bragueta e indagué. Me sorprendí: allí faltaba algo o había otra cosa. Un pubis tan frondoso como el mío fue lo que descubrí y recién entonces comprendí su mirada ambigua, su pelo de mujer y su olor caro” (200). La sorpresa de la protagonista es sorpresa también para el lector al descubrir una mujer en el *hombre*, descrito y llamado así ocho veces a lo largo del relato, estrategia que evita cualquier duda que pudiera arruinar la impresión final. Mientras lo considera hombre, ella no pareciera interesarse en que él obtenga satisfacción, sólo piensa en ella misma y en alcanzar sus deseos y lo explota para lograrlo.

Es importante notar que en ningún lugar del texto aparecen definiciones referentes a la conducta sexual de los personajes, las cuales tampoco se harán en este estudio, porque no se cree en las etiquetas, aplicadas generalmente para efectuar prácticas discriminadoras y excluyentes. Para la protagonista, es igualmente excitante, o tal vez más aún, descubrir que él es “*ella*”. Sólo se deja llevar por su deseo que más bien pareciera acrecentarse. Luego de la revelación, sí permite que ella la bese en la boca y le “arrebate el rouge de los labios”, y por fin, le brinda algo de placer. Al final del relato, cuenta cómo se pinta los labios “de memoria y sin espejo” –¿para seguir en el juego de la seducción?– y refiere que la otra no la siguió: “Probablemente se quedó entre los marineros” (200). Cierra así de manera redonda la adjudicación del adjetivo del título. Si la chica se queda en el puerto, en busca de nuevos encuentros, también podría ser llamada *fácil*, ¿cuál de las dos lo es? Sólo puede ser una de ellas porque el título está en singular. Quien lea el relato debe decidirlo.

Con este final, la similitud que la narradora percibe entre el supuesto hombre y ella al inicio del cuento, se transforma en especular. Efectivamente, se cumple el mito de Narciso, al mirarse reflejada en la otra. El motivo del viaje –en autobús– en esta historia se logra en tanto la protagonista confirma “*su verdad*”: su amor hacia ella misma, manifestado en una conducta sexual libre de connotaciones sentimentales hacia otros, le permite satisfacer sus deseos.

El relato manifiesta cómo los cambios culturales han influido en la sexualidad, al provocar la ruptura de los límites establecidos para la conducta sexual por una voluntad de verdad. Desde el siglo XVIII, señala Foucault, la sociedad ha venido hablando cada vez más sobre la sexualidad, con el interés de regularla y controlarla, para ello, la ordena por medio de disciplinas como la medicina y la psiquiatría (cfr. Foucault 1995). A lo largo del tiempo, el poder ha ido estableciendo las normas sexuales y las propone como valores que señalan cómo se debe vivir dentro de ellos, uniendo el discurso y la práctica para controlar y apropiarse de los cuerpos. Durante el siglo XIX y el XX, con el surgimiento de múltiples sexualidades se “inventan” las perversiones, con el fin de señalar y castigar las conductas que rompan los límites marcados, los cuales permiten “*amar*” sólo lo que se debe –y no lo que se quiere–.

Los procesos de globalización y la influencia de los medios han acelerado el trastocamiento de muchos de esos valores, actualmente muy cuestionados por ser ficciones idealizantes no compatibles con la realidad, aunque impuestas en ella. Desde ahí actúan

perversamente y expulsan de esa “*normalidad*”, discursivamente construida y basada en la heterosexualidad compulsiva, a importantes sectores de la población, invisibilizándolos. Las conductas de ruptura que se van imponiendo en las grandes ciudades del llamado mundo desarrollado también surgen y se extienden por las ciudades de América Latina, poniendo en un primer plano la necesidad de discutir y reconocer el tema de las sexualidades alternativas tal cual se manifiestan en este relato, como lo hace la escritora y crítica chilena Diamela Eltit:

Quizás una de las revisiones culturales más intensas que se advierte en los albores del siglo XXI se inscribe en los cuerpos ya en abierta rebeldía frente a la insuficiencia irrefutable que porta la noción de género. Una multitud de cuerpos indomesticados o ajenos a una escritura oficializada han llegado hasta el escenario social para señalar, ejemplarmente, los signos ambiguos e inestables en los que se cursa la subjetividad y el deseo de cuerpo del sujeto. [...] No se trata ahora del concepto primario de “preferencias sexuales”, sino de sensibilidades que atraviesan y horadan los mandatos para sumergirse de lleno en la exploración de códigos que reformulan las categorías binarias de masculino y femenino. (Eltit 2008: 1077)

7. Caracas: tristeza

Caracas, con sus más de tres millones de habitantes construye la atmósfera del cuento “Y ¿a quién no le gustan las historias de amor?”⁴² que permite al lector visualizar el aislamiento, la soledad y tristeza que marcan la vida del protagonista, Emilio Arcaya, cuya historia será contada por un narrador omnisciente, quien con humor a veces irónico y otras paródico, en el inicio y el final del relato aclara que cuenta lo que cree que sucedió o lo que le contaron. En esos párrafos, interviene a menudo para emitir su opinión, afirmando o comentando, con algo de lástima irónica –que podría verse como crítica encubierta– el patetismo de las situaciones que vive el protagonista, pero también siembra la duda en los lectores, al unir otras voces a la suya y dar distintas versiones de lo sucedido, haciendo uso de las frases “según se sabe”, “dicen que” o “hay quien dice”. Este narrador marca el tono desde la apertura del cuento al señalar, con frases cortas, que se trata de una historia triste, entendiéndose la *tristeza* como un placer que provoca un sentimiento de opresión y abatimiento y deprime la actividad vital de las personas:

Yo también prefiero las historias tristes. La de Emilio Arcaya, por ejemplo. Ocurrió en Caracas, en octubre del año pasado. Emilio vivía solo desde que Gisela lo dejó para irse a Miami a buscar fortuna. Eso ya es triste, ¿no? Que lo dejen a uno por otro Pedro o Fernando o Juan Carlos o. Pero que lo dejen para buscar fortuna en Miami es un doble o un triple abandono. Es promiscuo. Es la estupidez vuelta soledad. No da ni siquiera para un bolero. (581)⁴³

En ese primer párrafo, se evidencian algunas consecuencias de los cambios ocurridos en las sociedades del continente por los procesos globalizadores. Una de ellas es el exilio voluntario emprendido por numerosas personas, quienes parten hacia las ciudades desarrolladas en busca de “fortuna” o simplemente de una mejor calidad de vida –sobre todo material– que la que en su país tienen la oportunidad de conseguir. Es un suceso casi tan viejo como la humanidad, pero actualmente mucho más frecuente y masivo, el cual desarraigó a las personas de sus países y ciudades y corta sus vínculos familiares, amorosos y de amistad. Estas diásporas –forzosas o voluntarias– han dado origen a un fenómeno que ha sido llamado *implosión del Tercer Mundo en el Primero*⁴⁴, donde los inmigrantes han tomado muchas de esas ciudades y las han transformado en sociedades multiculturales, con habitantes “de fragmentada pluralidad” (cfr. Aínsa 1998) que se reconocen en varias identidades. Miami es una de esas ciudades. Llamada “Emporio de las Américas”; “Hong

Kong de las Américas”; “Hollywood Latina” y “Puerta de entrada a Latinoamérica”, fue visita obligada para las clases altas y medias del sur del continente para vacacionar y hacer compras. Actualmente, es un sitio donde verdaderas culturas “diaspóricas”, provenientes sobre todo de los países de América Latina –dos terceras partes de su población es latinoamericana⁴⁵– se han asentado y reformulado sus vidas, convirtiendo al español en la lengua dominante. Sin embargo, no hay que ignorar que muchos de los migrantes provienen de las clases trabajadoras y de los sectores económicamente más deprimidos del continente, por lo que la llegada a Miami no les permite acceder como por arte de magia al sueño “americano”. En la mayor parte de los casos, deben luchar incansablemente para cubrir sus necesidades básicas, dentro de una dinámica social que repite la que se vive en Latinoamérica (cfr. Yúdice 2007), con la diferencia de que ahí, son extranjeros. Tal vez por esto, el narrador considera “una estupidez” el motivo supuestamente esgrimido por Gisela para marcharse hacia esa ciudad, en busca de fortuna.

Deja a Emilio en Caracas, solo, humillado, con un sentimiento de catástrofe, que responde a la figura del mismo nombre convocada por Barthes en sus *Fragmentos de un discurso amoroso*: “Crisis violenta en cuyo transcurso el sujeto, al experimentar la situación amorosa como atolladero definitivo, como una trampa de la que no podrá jamás salir, se dedica a una destrucción total de sí mismo” (Barthes 1993: 54). Esta autodestrucción le impide reaccionar ante lo que no tiene remedio y a lo largo del cuento parece vegetar sombríamente más que vivir. Su historia evidencia el tema de la soledad de los seres humanos, también de larguísima data, pero acrecentado en estos tiempos, cuando las gentes se sienten perdidas –no importa el lugar donde se encuentren– por la ausencia de comunicación que las aísla, las deprime, les roba poco a poco el deseo de vivir.

Para el protagonista, Caracas es la ciudad del abandono; por sus calles, avenidas, mercados y plazas, que poseen nombres propios y clara ubicación en los mapas⁴⁶ –como se ha visto en los otros cuentos ya comentados– camina Emilio abatido, en un viaje que lo aleja de todos. No parece tener amigos y la relación con su familia –la madre y un hermano– está muy deteriorada. Su madre se queja pues “lleva semanas sin saber” de él; le telefona pero no la atiende, le deja recados que no responde; Emilio no desea que le hagan preguntas, muy seguramente sobre Gisela y su ausencia. Su hermano lo desdena y de manera brutal, al indagar si ha sabido algo de ella, la llama: “la puta con que te casaste” (584). Así marcha su vida sin mayores novedades, excepto la visita cotidiana y nocturna a un decadente bar cercano a su casa, el Oasis, donde acostumbra beber “un vaso de ron con tres piedras de hielo”. Una de esas noches, comenta el narrador, en “[...] octubre. Supongo que igual hubiera podido ser marzo o agosto. Pero fue octubre, qué se le va ha hacer” (581), hay una joven mujer cuya descripción difusa apenas permite imaginarla: “Emilio entró al Oasis y la vio: sola en el centro de la barra; su cabello demasiado negro, como si el alquitrán pudiera darse en yerbas. La piel imprecisa, llena de una palidez lejana, como si ese cuerpo hubiera pasado años dentro de un closet” (581). La mujer ni lo mira y cuando él intenta hablarle, ella se levanta de golpe y huye rápidamente de dos hombres que han entrado al bar; al salir por la puerta trasera es atrapada por otros, que la esperan. Emilio no tiene tiempo de reaccionar y cuando finalmente lo hace y corre en un intento por defenderla, ya todos se han ido; sólo queda el oscuro callejón por donde desaparecieron, el mejor sitio para ocultar un delito. La voz narrativa cuenta la experiencia de Emilio y da su opinión, explicando comprensivamente algunas de las circunstancias:

La penumbra era espesa. Tanto que parecía difícil caminar. Eso ocurre con demasiada frecuencia. Sobre el asfalto no había mucho que buscar: una jeringa, muchas bolsas de basura, una pieza de baño rota y una mano. Sí. Una mano. Todavía caliente. Una mano de mujer, llena de sangre. Ahí. Mirando al cielo. Abierta, delgada, sola, separada de su cuerpo. Emilio recorrió con la vista la calle, sacó su pañuelo, envolvió rápidamente la mano y la guardó en el bolsillo de su chaqueta. Regresó al bar y, sin dar explicaciones, pidió otro ron. Esta vez sin hielo, por favor. (582)

Desde este momento, el relato toma un giro inesperado pues la obsesión de Emilio se transfiere de Gisela a la mano encontrada. Cuando Gisela lo abandona, Emilio cae en lo que Barthes llama “situación extrema”: “[...] una situación vivida por el sujeto como algo que debe destruirlo irremediablemente” (1993: 55). La proyección que el hombre ha realizado en ella es tan fuerte que la única forma en que puede recuperarse es encontrando quien llene el vacío. Es muy significativo cuando el protagonista retira la fotografía de su esposa de la pared y la guarda en una gaveta e inmediatamente saca *la mano* de la nevera, para contemplarla detenidamente. La sustitución es degradante: ya no se va sentir deprimido por el abandono de una mujer con quien, bien o mal, compartió su vida; ahora se va a obsesionar por la imagen imprecisa de otra mujer, vista apenas durante unos minutos y de la cual no sabe absolutamente nada. Emilio –un hombre ordinario enfrentado a un hecho extraordinario– no se plantea ninguna pregunta en relación con el motivo de la persecución y el posible destino de esa mujer. Sólo le queda una mano. Con el agravante de que dicha mano podría no pertenecer a ella sino a cualquiera otra. Sin embargo, la transferencia no será fácil para este hombre:

De vez en cuando palpaba la mano en el bolsillo de su chaqueta. Le molestaba recordar a Gisela en esos momentos. ¿Por qué tenía que ocurrir eso? Así de caprichosa es la memoria, ¿no? Justo cuando se sentía interesado por otra mujer, las imágenes de Gisela cruzaban por el fondo de sus ojos como si se tratara de un viejo cine continuado. Jamás se detenían. (584)

Un evento tan curioso y lo que sucede después, permite inscribir el relato en el género fantástico sostenido en el absurdo⁴⁷. Emilio llama a la D.I.S.⁴⁸ para preguntar si alguna persona ha reportado una mano perdida. La mujer al otro lado del teléfono no se muestra sorprendida, ni siquiera interesada y responde que “anoche no se reportó ninguna mano [...]” (583). Visita entonces a su hermano Esteban, detective de homicidios en la Comisaría de la 122, quien lo considera un fracasado y siempre aprovecha cualquier ocasión para burlarse de él. A pesar de esto, Emilio le muestra la mano, en el afán de localizar a su dueña. Esteban revisa si tiene droga en los dedos, si lleva anillos u otra señal para una posible identificación y al no encontrar nada dice “Esta mujer no existe” (584). Finalmente, Emilio se dirige al centro de la ciudad, a los alrededores del mercado de Quinta Crespo, un mercado popular, que aún conserva su estilo tradicional y visita a una vieja quiromántica. Le muestra la mano; luego de un rato revisándola, la vieja le advierte que no se puede leer nada en ella. Le aconseja echarla al río. Su viaje en busca de una verdad ha sido infructuoso.

A lo largo del recorrido realizado por Emilio, ninguna de las personas que han visto la mano se han sorprendido, asustado, asqueado o mostrado algún signo de extrañeza, de manera que no se trata de una alucinación suya. Todos la han recibido con naturalidad y han hecho con ella lo que el protagonista les ha pedido, creando de ese modo una realidad alterna, absurda, pero no por ello menos violenta.

El relato pone a circular así, situaciones de violencia de género que ocurren en las grandes –y pequeñas– ciudades, como el tráfico de mujeres, donde innumerables víctimas son aprisionadas y convertidas en esclavas para que realicen una gran diversidad de trabajos, desde oficios domésticos, hasta operarias en fábricas, transportadoras y vendedoras de drogas

o trabajadoras del sexo. No se dice en ningún lugar del texto quién era la mujer del bar, qué hacía o por qué la perseguían, pero es un hecho que fue secuestrada violentamente, en contra de su voluntad. Si la mano no le pertenecía a ella, era parte del cuerpo de otra mujer y le fue cortada. Se trata de un crimen ocurrido en una callejuela oscura que queda impune, como miles de otros, evidenciados en los horrorosos femicidios de Ciudad Juárez y Guatemala que tienen la marca globalizada de los “homicidios mafiosos”. Según Celia Amorós, en casos así,

El imaginario patriarcal [...] se solapa con el imaginario social que reviste sus modalidades más violentas y donde las mujeres se encuentran en el ojo del huracán apresadas entre mensajes paradójicos y contradictorios. Los agentes de la globalización las requieren como mano de obra de quita y pon hecha a la medida de sus necesidades, y los miembros de su familia –maridos, compañeros, hijos– les recriminan por prestarse a ello y no actuar a la medida de las suyas, que pasan sin embargo por la aportación del salario femenino. Hagan lo que hagan lo hacen mal. No es de extrañar que, como en su día las brujas, se proyecte en ellas el mal. (Amorós 2008: 283-284)

Desde esta perspectiva, tal vez no sería equivocado suponer que el traslado de Gisela a Miami obedeció a un asunto de sobrevivencia personal más que económica y por eso no es perdonada, como lo demuestra el comentario de Esteban y la renuencia a hablar de ella manifestada por Emilio.

La historia expone la violencia y el crimen como parte de los sucesos que se viven en las urbes y que no deben naturalizarse e ignorarse, aunque parezcan cotidianos. El delito en el texto cumple así una función de instrumento crítico. El escritor venezolano Miguel Gomes cree que en sus obras, Barrera enfrenta el tema de esta violencia extendida y “[...] lo explora con honradez expresiva, acaso porque el desaliento, el crimen y el asco son las contraseñas con que el nuevo milenio recibe a los escritores que aún sienten el peso de lo real como un íntimo compromiso de su oficio” (Gomes 2010).

El relato cierra con dos posibles finales, propuestos por el narrador como “una versión” y “otra versión”. La primera, asegura que Emilio vuelve a su casa tomado de “la mano” y disfrutando de la brisa del amanecer, pero es descartada por el narrador, por ser “demasiado sentimental”. La segunda, atravesada también por un humor paródico, es la escogida por aquél, pues ya indicó desde la frase de apertura preferir “las historias tristes”. La diégesis se presenta así, como un pretexto para llegar a ese final triste. En esta otra versión, el narrador asegura que Emilio vuelve al bar a esperar lo imposible: el regreso de la mujer secuestrada. Mientras espera, pasa la noche tomando licor. Cuando el bar cierra, se refugia de nuevo en el callejón, donde encuentra lo mismo: basura, jeringas y sombras. Sintiéndose muy triste y totalmente ebrio se va quedando dormido. Al despertar se encuentra frente a él un gato⁴⁹, que no tiene nada que ver con los gatos de los cuentos fantásticos. Es un gato corriente y común, de cualquier color. Y el gato tenía “la mano” en la boca y sale huyendo, llevándose la. “Hay quien dice” que Gisela no volvió, que de la mano no se supo nunca nada y que Emilio se fue a vivir con su madre a La Guaira⁵⁰, donde trabaja en una gasolinera.

Si se considera el relato desde el género policiaco, es posible identificar los tres pasos que Josefina Ludmer (cfr. 1977) señala en su propuesta para reconocer estos cuentos. El primero sería el hallazgo de la mano como la irrupción de lo insólito y transgresivo, que no se sabe de dónde vino pero rompe la rutina establecida en la vida de Emilio –y altera su lealtad al recuerdo de Gisela–. El siguiente paso es la investigación: en un intento por resolver las incógnitas que rodean el suceso extraño, Emilio hace algunas gestiones pero no logra averiguar nada, porque como le dice su hermano: “esta mujer no existe” –como suele suceder con las secuestradas–. El último paso es la desaparición del elemento insólito, lo cual ocurre por la

acción del gato. No es un relato policíaco propiamente dicho, pero hay una insinuación del género, desde lo ya comentado. En la búsqueda de respuestas, Emilio además emprende otro viaje, que continúa siendo más una huida de sí que un deseo de llegar a alguna parte, como lo propone Chevalier (cfr. 1995: 1067).

El final retoma el nombre del cuento y se burla de su “historia de amor” al comentar: “Hay quienes se empeñan en vivir historias de amor, pero el amor no los complace, ¿acaso eso no es triste?” (587). ¿Es realmente una historia de amor la de Emilio? ¿No se estará devaluando el sentido que se le ha asignado tradicionalmente a esa palabra? El cuento utiliza el humor irreverente y paródico para hablar sobre un tema universal como es el amor, dándole un tratamiento que lo reduce y lo degrada al señalar que esa historia “no da ni siquiera para un bolero”, el cual no canta al amor sino a la pasión. El protagonista aparece como un pobre hombre maltrecho, con la autoestima destruida e incapacitado para negociar con sus circunstancias cambiantes; en su constante huida de sí, no tiene la posibilidad de acceder a otro sitio, fuera de su oscura reclusión. Parece válido afirmar que la irracionalidad lo domina a través de su obsesión por ¿amar? Ni siquiera queda claro si esto es lo que el hombre busca, pues el narrador no lo dice. Lo que se percibe a partir de la lectura es a un ser patético, sin voluntad, cuyo dolor y abatimiento le impiden experimentar la vida. Su tristeza desesperanzada ha surgido de una realidad degradada.

8. Cochabamba: esperanza

El relato “Amor a distancia”⁵¹, del boliviano Paz Soldán, se presenta desde el inicio como un discurso confesional de una voz narrativa en primera persona, quien le cuenta a su novia Viviana sus aventuras amorosas con otras mujeres, durante su estadía en Berkeley. El protagonista reflexiona sobre “la naturaleza de la relación a distancia” (73)⁵² dado que están separados por la geografía: ella vive en Cochabamba. Parecieran hablarse por teléfono cada semana y “esperan” compartir su vida en el futuro. Esta “esperanza” se fundamenta en el “verdadero amor” que dicen profesarse, por lo cual el relato/confesión, que luego aclara, es una carta, sería una especie de expiación por sus infidelidades, las cuales podrían acabar con aquella. Desde la apertura, el narrador sin nombre introduce el tipo de reflexión argumentativa que realizará a lo largo del texto y las consecuencias que esto supone en las vidas de los dos amantes involucrados.

El relato se instala desde la perspectiva del narrador, en dos espacios geográficos enfrentados: el de sus vivencias tangibles en el “acá” y “ahora” de Berkeley y el imaginario, vivido por su novia, en el “allá” y “futuro” de Cochabamba; hay un enfrentamiento constante entre las dos ciudades, a partir de los valores que el narrador asigna a cada una y las reflexiones que éstos le incitan. Su vida en Berkeley responde a lo que Fernando Aínsa llama “condición nomádica”, consecuencia de los procesos de globalización, que “[...] promueven contactos en un mundo que tiene una creciente oferta para vivir <fuera del lugar en que se ha nacido” y para integrarse a redes que desconocen las exclusivas fronteras nacionales y culturales” (Aínsa 1998: 25). Allí tiene encuentros sexuales sobre los que Viviana “jamás sabría” (73) a no ser que él se los cuente y piensa que la joven también podría estar viviendo experiencias similares en su lejana ciudad, sin contárselas a él. La imaginación y la escritura del narrador le sirven de vehículo para involucrar al lector en sus disquisiciones y crítica del discurso amoroso tradicional, pasando de Berkeley a Cochabamba y viceversa.

La ciudad de Cochabamba es la tercera en importancia económica de Bolivia, pequeña en comparación con las otras ciudades sobre las cuales se ha comentado –Bogotá, Buenos Aires y Caracas– pues su población apenas bordea el millón de habitantes, pero como en los otros cuentos, también se mencionan lugares reales de su geografía, como las faldas del Cerro San Pedro, en cuya cima se encuentra el Cristo de la Concordia⁵³ –también nombrado en el cuento– así como las Torres Sofer, un complejo de tres edificios muy visitado pues cuenta con un ‘mall’, tiendas de víveres, consultorios médicos y lujosos apartamentos localizado en la parte norte de la ciudad. La ciudad estadounidense de Berkeley, por su parte, tiene algo más de cien mil habitantes y está situada en la Bahía de San Francisco, frente a la ciudad del mismo nombre. Por ser una ciudad universitaria y gozar tradicionalmente de un pensamiento progresista y renovador, el ambiente social y cultural es tolerante y libre. Su universidad fue fundada en 1868, durante la “*fiebre del oro*”; desde entonces, ha cumplido importantes funciones y realizado aportes muy significativos en los distintos campos del conocimiento, entre otros: su destacada defensa de la libertad de discurso, el descubrimiento de la vitamina E, etc. En la actualidad, es considerada una de las diez mejores universidades del país. Entre todas las ciudades nombradas en este estudio es la de menor tamaño, pero al estar ubicada en un rico Estado –California– dentro de un país poderoso, de gran desarrollo y hasta hace muy poco (?) centro del sistema-mundo, brinda el punto de comparación con el estilo de vida supuestamente provinciano y conservador de Cochabamba donde “[...]no pasa nada. Sabes lo aburrida que es [...]” (74).

La clase social de la pareja enamorada es, a todas luces, muy acomodada: Él se encuentra en Berkeley y no habla nunca de trabajo ni estudio o de asuntos básicos como la sobrevivencia económica; lleva una vida social activa y tiene dinero para comprar vino tinto cuando acude a las fiestas. Viviana por su lado, va a cenar con sus amigas, de compras con su hermana a las Torres Sofer y “[...]el jueves a ayudar a (tu) papá en su consultorio” (74). En este sentido, no se ve en este texto el enfrentamiento entre clases sociales, expuesto en el cuento de Gamboa e insinuado en el de Barrera. No se vislumbra en estos jóvenes bolivianos ni un conato de rebeldía en relación con el estilo de vida del cual gozan, porque desde cualquier lugar que se mire, a ellos pareciera irles muy bien, con una excepción: se encuentran separados geográficamente.

El protagonista explica las dificultades que encuentra para adaptarse a vivir alejado de su novia, porque las relaciones son las pequeñas cosas que suceden a diario y se comparten pero “[...] lo nuestro es una ausencia de minucias, nos contamos algunas cosas , pero no es suficiente, esa es la naturaleza del amor a distancia” (73). La insatisfacción del narrador se evidencia, además, en el comentario sobre los malentendidos que a menudo surgen por la interpretación errónea de un tono de voz, al otro lado del teléfono. En su estudio sobre el discurso amoroso, Roland Barthes afirma que la ausencia del ser amado se transforma a menudo en prueba de su abandono e inscribe el discurso de la ausencia como un discurso femenino⁵⁴, pues históricamente, es la mujer la sedentaria, quien espera. El hombre en cambio es cazador, viajero; por esto es ella: “[...] quien da forma a la ausencia, quien elabora su ficción [...]. Se sigue de ello que en todo hombre que dice la ausencia del otro, lo *femenino*⁵⁵ se declara: este hombre que espera y sufre, está milagrosamente feminizado. Un hombre no está feminizado porque sea invertido, sino por estar enamorado” (Barthes 1993: 46).

Aunque el narrador, íntimamente, podría sentirse abandonado por Viviana, no aparece como un “hombre feminizado”. Por más que se diga enamorado, no es de los que aceptan pasivamente el curso de los acontecimientos. La “esperanza”, una de las emociones fundamentales

del ser humano, está muy bien definida en el narrador y pasa por un estado de ánimo que lo estimula a participar activamente para lograr lo que desea, lo que “espera” para su futuro.

Por medio de la carta que escribe, construye la justificación de sus acciones, las cuales considera, han sido necesarias para enfrentar la realidad de la ausencia del ser amado. Dicha realidad ha destruido su creencia en el Amor –con mayúscula– al enseñarle, en la práctica (a partir de las aventuras sostenidas con otras mujeres como Cristina, Soledad y Sofía), la posibilidad de ser feliz sin Viviana. Decepcionado por la vacuidad del discurso amoroso se lamenta:

Para alguien que nunca dudó de ninguno de los mitos que generaciones pasadas nos legaron acerca del amor, esa verdad produce angustia y amargura: porque uno cree literalmente en los mitos y cuando descubre el amor piensa que es cierto, uno no puede vivir sin el ser amado [...]. Angustia y amargura, porque uno descubre que puede vivir sin el otro ser, la impiadosa vida continúa y hay que sobrevivir, de algún modo hay que ingeníarsela para construir un mundo en que la otra persona esté pero no esté, sea imprescindible pero no sea imprescindible. (74)

Es curioso cómo declara su falta de ingenuidad, pero al mismo tiempo asegura haber creído el “discurso oficial” sobre el amor, basado en el establecimiento y normativización de una serie de ideas estereotipadas, inalcanzables en la realidad, como lo comprueba él mismo. El descubrimiento de “esa verdad” acaba también con la idea de considerar al suyo “un amor verdadero”, pues la tradición manda que en éste, la fidelidad de uno hacia el otro sea absoluta. Él no ha podido cumplir con dicho mandato al haberse dejado llevar por la pasión; ha roto el discurso de la monogamia y caído en lo que llama “una cadena de pequeñas traiciones” (76). Esto provoca que el resto de imágenes instauradas como parte fundamental del discurso del amor romántico –la búsqueda del alma gemela que producirá mágicamente la tan ansiada completud, por ejemplo– también se invaliden. Adquiere conciencia, entonces, de lo bueno que sería vivir en una sociedad donde pudieran mantener una “relación libre”, para poder decirse lo que hacen, con quien salen... Sin embargo, reconoce sin discusión que esto no puede ser. Porque ambos han construido una idea de su amor de pareja “[...] muy por encima de nuestra realidad y ninguno quiere ser el primero en destruir esa imagen” (75). Su posición tradicional y conservadora es muy clara, al no plantear ni siquiera como posibilidad remota, la idea de un cambio en el discurso amoroso tradicional, dominante durante tanto tiempo, y que no ha cumplido, como al narrador le consta, con el ideal prometido de “*felicidad eterna hasta que la muerte los separe*”. La obligación social de seguir las estipulaciones de ese discurso y la imposibilidad de cumplirlas en la práctica cotidiana, resulta en una incoherencia que marca la vida de las personas enfrentadas entre el decir y el hacer, quienes deben hacer trampa –como ha hecho el protagonista– como única manera de sobrellevar la vida.

La queja del protagonista del cuento es la de muchos otros seres humanos, quienes a lo largo del tiempo han visto los múltiples cambios sufridos por las sociedades, mientras el discurso amoroso continúa siendo el establecido desde hace más de dos siglos. Desde entonces y hasta el presente, ese discurso se ha mantenido por encima de la realidad, humana e imperfecta, de quienes se ven afectados por él y cuya búsqueda degradada provoca amargura y vacío, además del sentimiento de incapacidad y derrota por no alcanzar el “ideal” prometido, como se puede constatar en innumerables textos de la literatura de Occidente.

No causa sorpresa, por lo tanto, que el discurso del amor conyugal⁵⁶, base de la familia nuclear y resultado de la suma de las visiones idealizadas del amor romántico –reflexivo y duradero– y el amor-pasión –obsesivo y pasajero– no sea suficiente para el narrador; aunque tampoco lo rechaza tajantemente, como ya se señaló (cfr. Giddens 2000). Esto es revelador porque el sufrimiento emocional que significa la desilusión experimentada no le impide

reacomodarse y negociar con la realidad de “*un amor a la distancia*”, lo cual efectúa al elaborar su convincente y pragmática argumentación a partir de la postulación de Berkeley y Cochabamba como contrarias, tanto en los valores que para él representan, como desde la perspectiva de espacio y tiempo que les adjudica⁵⁷.

En su carta, desglosa el estado de su vida en tiempo presente y lo que será después. En ese *ahora*, su vida está en la ciudad estadounidense y hará lo necesario para no sufrir inútilmente. Al imponerse la realidad, el dolor de la ausencia ha perdido intensidad, lo que le viene a mostrar al discurso amoroso como un mito, falso y vacío –fantasía inalcanzable y como tal irracional–. Mientras tanto, el deseo puede saciarse y disfrutarse dejándose llevar por las pasiones secretas y pasajeras, siempre y cuando se mantenga la ficción del discurso de amor perfecto. Así podrá conservar a Viviana y llevar la vida que se espera de alguien de su clase social, donde no caben las rebeldías ni los escándalos. En su negociación con la realidad, el narrador aparece como un hombre flexible y acomodaticio, quien utiliza un razonamiento desde el cual lo importante “*no es lo que se hace, sino lo que se dice que se hace*” y esto le permitirá, con toda probabilidad, salir airoso de sus dificultades. Es una especie de pacto consigo mismo, donde el “*parecer*” y no el “*ser*” harán posible su proyecto de futuro en compañía de Viviana, lo cual de un modo u otro implica sostener voluntariamente la “*esperanza*” de que realmente “*habrá un futuro*” para ellos como pareja, aunque ese futuro implique un amor imperfecto:

[...] cuando estemos juntos de una vez por todas y para siempre las cosas sigan así, de vez en cuando la tentación, de vez en cuando la fragilidad, tampoco es una cosa o la otra, la distancia o la cercanía, las pequeñas traiciones pueden aparecer en ambas situaciones, el amor puede continuar con pequeñas traiciones en ambas situaciones. (77)

Su modo de negociar esa esperanza parte de no contar las experiencias vividas, pues lo que se dice se “*imagina*” en la mente y al visualizarse adquiere “*realidad*”, ya que como afirma Barthes, “[...] la imagen es la cosa misma” (Barthes 1993: 155)

No soy ingenuo, y probablemente tú tampoco lo seas, pero lo cierto es que estamos atrapados por nuestras propias imágenes de lo que queremos pero no podemos ser, y no podemos decir ciertas cosas, no podemos confirmar ciertas sospechas, todo está bien mientras no digamos en voz alta (o acaso un susurro baste) todas aquellas cosas que sospechamos y preferimos no oír. Para seguir, debemos continuar con nuestro secreto a voces. Apenas alguien abra la boca, se romperá el encantamiento. (77)

Sin embargo, el narrador/escritor –¿como expiación ante sí mismo?– ha escrito la carta/confesión donde cuenta a Viviana la historia que se supone va a mantener oculta, para no “romper el encantamiento” de un amor que “*no es*” –desde la perspectiva del discurso oficial–. Al hacerlo ha creado un juego de ausencia/presencia, el cual se explica en la figura “Inexpresable amor” del discurso amoroso planteado por Barthes: “Saber que no se escribe para el otro, saber que esas cosas que voy a escribir, no me harán jamás amar por quien amo, saber que la escritura no compensa nada, no sublima nada, que es precisamente ahí donde no estás; tal es el comienzo de la escritura” (1993: 122). Tal vez por que al final de cuentas, como carta (que comunica) no sublima nada y más bien dificultaría su vida, el narrador –con el poder de su autoría– la declara cuento. Se da así el comienzo de su escritura y la inscripción del texto como literatura en la literatura, como una “*caja china*” literaria. Como cuento no será enviado, entonces, a su destinataria inicial, sino publicado como texto de ficción, tan ficticio como su “*amor verdadero*” basado en el discurso tradicional. Ambos, el texto y el amor que dice sentir el narrador quedan nítidamente englobados en la respuesta que ha preparado para Viviana cuando, una vez haya leído el cuento, dude y seguramente le pregunte si es ficción

o un relato autobiográfico. Entonces, él le dirá muy convencido “[...] todo lo que se relaciona conmigo es, de una forma u otra ficción” (78). Siendo así el asunto, cabe preguntar ¿Amará el narrador a Viviana, aunque sea con un amor imperfecto? Subvierte de este modo el discurso amoroso oficial y plantea un modo alternativo –aunque muy antiguo– de vivir la vida amorosa y la pasión, al colocar a cada una en nichos separados, sin que medien la autoflagelación ni la culpa, las cuales sólo le ocasionarían angustia. Es una manera de vivir las relaciones amorosas sustentándolas en lo que algunos llamarían doble moral o hipocresía, la cual se ha venido practicando desde hace muchísimo tiempo. Quienes la asumen suponen les facilitará sus vidas, al jugar el juego de incurrir en “pequeñas traiciones” sin tener que renunciar, públicamente, al discurso oficial. La literatura en el relato, aparecería como el medio de sublimación de la posible culpa del narrador/autor; los lectores, por su parte, podrían interrogarse sobre cuál sería su posición si se vieran ante la eventualidad de vivir “un amor a la distancia”.

9. Conclusiones

El espacio privilegiado en que se han desarrollado las historias de los cuentos visitados son las ciudades latinoamericanas del capitalismo tardío, las cuales se han visto sometidas a una serie de profundos cambios en las formas de vida de sus habitantes, al haberse incorporado usos y valores propios de culturas mundializadas, bajo la influencia de una serie de fenómenos provenientes de los procesos globalizadores. Ante fuerzas transformadoras tan poderosas, que invaden hasta la vida personal e íntima de las personas, quienes viven en las ciudades latinoamericanas se han visto en la necesidad de inventar estrategias muy diversas, con el fin de enfrentarlas y sobrevivir en el intento.

La puesta en texto de conocidas ciudades del continente: Bogotá, Buenos Aires, Caracas y Cochabamba, contrastadas con dos ciudades de los Estados Unidos como Berkeley y Miami, prestan verosimilitud y actualidad a las historias, al tiempo que presentan girones de la realidad de estos centros urbanos donde las dinámicas sociales han llevado a la naturalización de la desigualdad, la inseguridad y la violencia, las cuales han impuesto la segregación de las ciudades en áreas dominadas por distintos estratos sociales enfrentados y temerosos uno del otro. Algunas de las situaciones que se viven en la realidad y el modo de encararlas aparecen en los relatos estudiados, como síntomas de una realidad que no se puede ignorar ni invisibilizar.

Por medio de frases breves y un lenguaje directo y sencillo, los narradores utilizan a menudo un ritmo acelerado para transmitir no sólo la velocidad de los tiempos que se viven sino también las emociones y pasiones que experimentan los protagonistas, las cuales se imponen en sus vidas. La construcción de imágenes visuales; el humor irónico y paródico; el empleo de una discursividad reflexiva e inclusive la introducción de otros subgéneros atrapa la atención de quien lee y le ayuda a reconocer en las situaciones de placer y disfracer de esos personajes, la complejidad de la vida en las sociedades actuales. En virtud de la puesta en escena de dichas situaciones, es posible observar en los relatos una visión crítica de la sociedad, visión que es a un tiempo social y estética.

El viaje emprendido por todos los protagonistas, en su recorrido por las ciudades de cada relato, es sólo una parte del camino de sus vidas y la manera en que, en ese momento determinado, intentan negociar, desde su propia individualidad, con su realidad-mundo: para Clarita y Emilio posiblemente significará continuar huyendo de sí mismos mientras se entregan sin voluntad, a la angustia y el miedo la primera y a la tristeza y derrota el segundo. Puesta en escena de muchos otros destinos en los que, como en este caso, se impone la

fragilidad humana. Sus historias, marcadas por la irracionalidad y el placer, son contadas por narradores omniscientes, quienes no parecen mirarlos con simpatía.

La protagonista de “Chica fácil” y el de “Amor a la distancia”, por su parte, son los narradores de sus propias historias, de sus propias experiencias; desde ellos mismos y con su propia voz, sin que nadie los diga o interprete sus acciones y pensamientos. Al pactar con sus circunstancias asertivamente, parecieran salir adelante y obtener que el principio del placer se imponga; aunque para hacerlo deban subvertir la voluntad de verdad, al transgredir los límites permitidos para las prácticas sexuales y el cumplimiento del discurso amoroso oficial. Es interesante plantear la diferencia que existe entre los relatos a partir de la voz narrativa. Quienes tienen voz y se representan –cuentan su propia historia– parecieran salir adelante sin dificultad; mientras quienes “son contados” parecieran no obtener simpatía ni de sus propios narradores.

En todos los casos, se impone una paradoja, característica en la gran mayoría de sociedades del mundo: el aislamiento e incomunicación personal en un sistema-mundo cada vez más interconectado. De acuerdo con lo revelado en los relatos, la soledad pareciera ser la marca de los tiempos.

Notas

1. El presente texto es un informe parcial del proyecto de investigación inscrito en la Vicerrectoría de Investigación de la Universidad de Costa Rica con el N°021-A9-173 bajo el título de *La globalización y sus huellas en la narrativa breve latinoamericana de las últimas dos décadas*.
2. Siguiendo las enseñanzas del historiador francés Fernand Braudel (1902-1985), quien introduce una nueva concepción del tiempo histórico al señalar la necesidad de estudiar la historia como un largo proceso (“fenómenos de larga duración”), en el cual se debía prestar atención a los efectos de la economía, la geografía y la política en los acontecimientos históricos que afectan las sociedades, Immanuel Wallerstein desarrolla aún más estas concepciones y propone sus ideas en tres volúmenes titulados *The Modern World-System*, publicados en 1974, 1980 y 1989; estudios que continúa en *The Capitalist World Economy* de 1979; *The Politics of the World Economy* de 1984 y *Geopolitics and Geoculture. Essays on the Changing World-System* de 1991 entre muchos otros.
3. Enrique Dussel anticipa el inicio de la Modernidad a finales del SXV con la llegada de los europeos a América (y no hasta la Ilustración en el siglo XVIII, como Wallerstein) y propone la articulación de cuatro fenómenos que surgen al mismo tiempo: la Modernidad; los imperios europeos; el colonialismo y el sistema capitalista, postulando que ya desde fines del siglo XV Europa se había establecido como “el centro de la historia mundial; mundial por primera vez en la historia” y por lo tanto ya se configura la idea de un “sistema-mundo” (Cfr. Dussel 2004).
4. Dentro del surgimiento de ese “sistema-mundo”, Santiago Castro-Gómez señala la importancia de la construcción del concepto de raza (S.XVI) y su incorporación, explicación y justificación por medio de las teorías científicas de la época (S.XVII a XIX), las cuales establecen de manera “objetiva” la diferencia entre “el centro” y los “otros”, distintos e inferiores. Unido al concepto de raza, surge también la “racionalización” de esa diferencia, propuesta a partir de la idea de “universalismo”, la cual establece a la cultura de Occidente como el modelo de lo que debe ser; ella es “universal”. Los pueblos con valores, creencias y modos de conocimiento distintos serían, por lo tanto de naturaleza inferior, por lo cual debían ser “enseñados”, colonizados (cfr. Castro-Gómez 2000).
5. Para Anthony Giddens la globalización es una “serie compleja de procesos” que opera de “manera contradictoria o antitética” (cfr. 2003: 25) que nos ha mundializado. Según él, la mundialización puede

definirse como “[...] la intensificación de las relaciones sociales en el mundo por las que se enlazan lugares lejanos, de tal manera que los acontecimientos locales están configurados por acontecimientos que ocurren a muchos kilómetros de distancia o viceversa. Este es un proceso dialéctico puesto que esos acontecimientos locales pueden moverse en dirección inversa a las distantes relaciones que les dieron forma. La transformación local es parte de la mundialización y de la extensión lateral de las conexiones a través del tiempo y espacio. Así, quien estudie las ciudades actuales en cualquier lugar del mundo, sabe que lo que sucede en un barrio local seguramente ha sido influenciado por otros factores –como pueden ser la economía mundial o los mercados de productos– que operan a una distancia indefinida lejos del barrio en cuestión” (2002: 68).

6. Término acuñado por el comunicador canadiense Marshall McLuhan en la década de los años 1960, a partir de su texto *The Gutenberg Galaxy: The Making of Typographic Man* (1962).
7. El término “glocalización” surge de la unión de las palabras globalización y localización, acuñado para entender el proceso de unión entre la dinámica global y la local, proceso que despliega gran poder e impide a las personas organizarse adecuadamente para enfrentarlo.
8. En *Una Modernidad Periférica. Buenos Aires 1920 y 1930*, publicado en 1988 por la editorial Visión, Sarlo hace un análisis de la situación de dependencia económica y cultural vivida por la capital argentina, la cual se puede extender en mayor o menor medida al resto de América Latina.
9. Ver entrevista realizada a Sarlo por Edgardo Dobry en setiembre del 2001 en: http://www.cervantesvirtual.com/servlet/SirveObras/12492763144581506210435/209400_0029.pdf
10. Síntoma con el significado que le adjudica el Diccionario de la Real Academia de la Lengua en su segunda acepción, como indicio de algo que está ocurriendo.(consultado en línea).
11. Véase mis artículos: “Enfrentamientos y rebeliones en un microcosmos urbano: historias de ascensor” (2009), en: *Revista de Lenguas Modernas de la Universidad de Costa Rica* (Nº11) y “Rumores del presente: revelaciones y pequeñas historias. Un acercamiento a “Santa Narcótica” de Cristina Civale y “El tibio atajo de la paz” de Naief Yehya” (2008), en: *Revista de Lenguas Modernas de la Universidad de Costa Rica*, (Nº8-9), en los cuales se plantean algunas de estas cuestiones.
12. Los destacados son del texto original.
13. Achúgar revisita en este artículo la antigua confrontación Ariel/Calibán/Próspero.
14. Se sigue la propuesta de Ángel Rama en *La ciudad letrada*. Estados Unidos: Ediciones del Norte, 1984.
15. Entrevista de Pablo Kummetz a Edmundo Paz Soldán para DW-World.DE Deutsche Welle el 12 de diciembre de 2009: <http://www.dw-world.de/dw/article/0,,5008711,00.html>.
16. El colombiano **Santiago Gamboa** ha trabajado como periodista en la radio Francia Internacional. Ha sido corresponsal de *France Press* y de *El tiempo de Bogotá*. Algunos de sus artículos han sido publicados en revistas. Sus cuentos aparecieron en varias antologías como *McOndo; Líneas Aéreas; Cuentos Caníbales* y otras publicadas en Italia y Alemania. Entre sus novelas, se encuentran *Páginas de vuelta* (1995); *Perder es cuestión de método* (1997), que ha sido traducida a 15 idiomas y en el 2005 fue llevada al cine por el director Sergio Cabrera. El cuento “Tragedia del hombre que amaba los aeropuertos”, publicado en *Cuentos Apátridas* (1999), también está siendo llevado al cine. Entre sus últimas novelas publicadas están *La vida feliz de un joven llamado Esteban* (2000); *Los impostores*

(2005) traducida a 16 idiomas; *El síndrome de Ulises* (2007); *Hotel Pekín* (2008) y *Necrópolis* (2009), la cual recibió el Premio de Novela *La otra Orilla*, otorgado por la Editorial Norma, además del cuentario *El cerco de Bogotá* (2005).

17. La argentina **Cristina Civale** es gestora cultural y ha sido profesora universitaria en Buenos Aires, Turín y Barcelona. Ha participado en el ámbito cinematográfico y televisivo como guionista y productora. Como periodista, sus artículos y reportajes han sido publicados en periódicos y revistas. Actualmente y desde el 2005 mantiene un blog titulado *Civilización & Barbarie* en el Diario *El Clarín* de Buenos Aires, ciudad donde vive. La importancia de los temas sobre los cuales escribe en ese blog reciben una amplia respuesta por parte de sus lectores, ubicados en distintas partes del mundo, quienes participan activamente en el diálogo que la escritora promueve desde ese sitio. Entre sus obras se encuentran el libro de relatos *Perra virtual* (1998); el ensayo *Hijos de mala madre, fragmentos de una generación dudosa.* (1993); el cuentario *Chica fácil* (1995); la novela *El hombre de mi vida serás tú* (2002); *Adiós América* (2005); *Niños lejos de Disneylandia* (2006) otra investigación periodística, *Crónica desde la frontera* (2008) viajes al mundo trans y su último libro de narrativa *Cuentos alcohólicos* (2009). Varios de sus cuentos han aparecido también en antologías en Argentina, México, España y Alemania.
18. El venezolano **Alberto Barrera Tyszka** ha sido profesor universitario en el área de Letras. Escribe guiones para telenovelas, las cuales han gozado de gran popularidad en México, Colombia, Argentina y Venezuela, además de una columna dominical para el periódico *El Nacional* de Venezuela; sus artículos ha aparecido en varias publicaciones internacionales. Entre sus obras, se encuentra la novela *También el corazón es un descuido* (2001); el libro de cuentos *Edición de lujo* (1990) y los poemarios *Coyote de ventanas* (1993) y *Tal vez el frío* (2000). Escribió en coautoría con la periodista Cristina Marcano *Hugo Chávez sin uniforme. Una historia personal* (2006) primera biografía documentada de Hugo Chávez, actual Presidente de Venezuela, que ha cosechado gran éxito internacional y ha sido traducida a varios idiomas. En el 2006, recibió el “Premio Herralde” por su novela *La Enfermedad*. A fines del 2009 salió su nuevo libro de relatos titulado *Crímenes* donde se encuentra incluido el cuento “Y ¿a quién no le gustan las historias de amor?”, seleccionado para su análisis.
19. El boliviano **Edmundo Paz Soldán** se desempeña como profesor de Literatura Latinoamericana en la Universidad de Cornell en Ithaca, New York. Entre sus obras se encuentran las novelas *Días de papel* (1992), *Alrededor de la torre* (1997), *Río Fugitivo* (1998), *Sueños digitales* (2000), *La materia del deseo* (2001), *El delirio de Turing* (2003) y *Palacio Quemado* (2006). En cuento ha publicado: *Amores imperfectos* (1998); *Las máscaras de la nada* (1990) y *Desapariciones* (1994) estos dos últimos cuentarios han sido reunidos en *Desencuentros* (2004). Ha coeditado los libros *Se habla español* (2000) y *Bolaño salvaje* (2008). Su novela más reciente es *Los vivos y los muertos* (Alfaguara 2009). Sus obras han sido traducidas a ocho idiomas y ha recibido varios premios, entre ellos, el Juan Rulfo (1997) y el Nacional de Novela en Bolivia (2002). Entre octubre de 2005 y abril de 2008, mantuvo en la internet un blog llamado *Río Fugitivo*, pues reconoce la importancia de las nuevas tecnologías y la necesidad de aprender a utilizarlas literariamente.
20. En *La Ciudad Letrada* (1984), Rama propone varias etapas en el desarrollo de las sociedades latinoamericanas, configuradas alrededor del espacio de la Ciudad. Abarca un período de algo más de cuatro siglos que van desde la Conquista hasta la Revolución Mexicana distribuidos en capítulos titulados: “La ciudad ordenada”; “La ciudad letrada”; “La ciudad escrituraria”; “La ciudad modernizada”; “La polis se politiza” y “La ciudad revolucionaria”.
21. Para ser incluida en la categoría de “megaciudad”, el número de habitantes que contiene la ciudad debe ser de al menos 8 millones de personas.
22. Todas las consultas al diccionario son realizadas en línea, en la página de la Real Academia de la Lengua.

23. Nombre con el cual se conoce el crimen del candidato a la presidencia de la República, Jorge Eliécer Gaitán (1903-1948), quien fuera alcalde, ministro y congresista, ocurrido el 9 de abril de 1948. Esta fecha marca una serie de rebeliones populares que elevan el nivel de violencia en la sociedad colombiana y marca un antes y un después en su historia política, inaugurando una época conocida como “La Violencia”(1948-1960). El “Bogotazo” es narrado por Gabriel García Márquez en *Cien años de soledad*.
24. Entrevista con Santiago Gamboa en: Javeriana.edu.co/pensar/
25. Ver cita 22.
26. Entrevista realizada a Joanna Bourke por Jacinto Antón para *El País* el 22de octubre de 2006.
27. Según numerosos intelectuales, el término **sur** tiene, tanto ideológica como históricamente una connotación de lugar atrasado en relación con el norte desarrollado. Señala Enrique Dussel que a partir de la Ilustración, con la “fabricación” del eurocentrismo, “[...] se ‘fabrica’ una región geográfica con sentido histórico-despectivo: el ‘Sur de Europa’, lugar donde hubo cultura ‘central’ (en Grecia los griegos clásicos, en Italia el imperio romano, en España el ya derrotado imperio de los Austrias); pero el Espíritu de Hegel ya no se posa sobre esa ‘otra’ Europa:”en los Pirineos comienza el Africa” exclamaba De Paw, expresión que bien ejemplifica el estado de la cuestión. Puede entenderse que estas ‘fabricaciones’, de paso, ‘invisibilizaron’ definitivamente a América Latina hasta nuestros días (si España es Africa, ¿qué será entonces América Latina?)” (Dussel 2004: 10).
 Esta problemática se planteó en la página 7 a partir del comentario sobre la posición de Hugo Achúgar en relación con lo que llama “balbuceo teórico” de los países de habla española.
 En su poema “El Sur también existe”, musicalizado por el catalán Joan Manuel Serrat en 1985, Mario Benedetti plantea esta confrontación histórica e ideológica, como se puede apreciar en este fragmento: “[...] con sus predicadores/sus gases que envenenan/su escuela de chicago/ sus dueños de la tierra/con sus trapos de lujo/y su pobre osamenta/ sus defensas gastadas/sus gastos de defensa/son su gesta invasora/ el norte es el que ordena .// pero aquí abajo abajo/cada uno en su escondite/hay hombres y mujeres/que saben a qué asirse /aprovechando el sol/y también los eclipses/ apartando lo inútil/y usando lo que sirve/ con su fe veterana/el sur también existe [...].”
28. “Alpine” es una de las marcas de automóviles fabricada por la *Renault* de Francia.
29. Según el Diccionario de la Real Academia de la Lengua, es una joven de familia acomodada, algo vacua y presuntuosa. (Consultado en línea).
30. A partir de aquí todas las citas de este cuento provienen de la antología *McOndo*. Alberto Fuguet y Sergio Gómez, editores. Barcelona: Mondadori, 1996.
31. El Centro Médico de los Andes es muy reconocido, como centro de investigación y atención de pacientes, pues reúne doscientos cincuenta especialistas en diferentes campos de la medicina.
32. Usaquén es la localidad número uno del Distrito Capital. Está al norte de Bogotá y tiene entre sus sitios de interés una zona colonial donde se encuentra la Parroquia de Santa Bárbara, construida en 1665 y renovada durante el siglo XX. El Country Club, famoso por sus campos de golf y de uso exclusivo de la clase alta; además de varios Centros Comerciales, entre ellos Unicentro, uno de los más grandes y completos; Santa Ana; Cedritos 151; Palatino y Hacienda Santa Bárbara; así como el Complejo Empresarial Santa Bárbara, un conjunto de altos edificios ocupados por consultorios médicos, embajadas, sedes de multinacionales y empresas nacionales, restaurantes, cafés, librerías, etc.
33. Seguridad Social entendida como el derecho que cada persona debería tener para acceder a una protección mínima en caso de necesidad. Protección generalmente dispensada, de modo justo

y equitativo, por el Estado. Idealmente cubre situaciones de enfermedad y prevención sanitaria, maternidad, vejez, desempleo, pobreza extrema, etc.

34. Ver cita 29.
35. Sobre este conjunto de cuentos señala la crítica Hinde Pomeraniec para *Clarín*: “Cada relato podría verse como el capítulo de una vida signada por crímenes y pecados, por deseos y perversiones, como si se tratara de un único destino. Sin piedad, como quien arroja un vaso de agua fría a la cara del lector, la provocación de Civale - en las historias, en el lenguaje- se enarbola como un gesto estético. Se trata de relatos breves, de sintaxis perfecta en el registro de la oralidad y trabajados en una prosa saludablemente argentina y escasa por estos tiempos. Los protagonistas, una serie de sujetos de edad mediana de una clase social inasible, cuyas vidas vacilan entre las relaciones amorosas y los escarceos artísticos” (Pomeraniec 1996).
36. A partir de aquí, las citas corresponderán a la versión del cuento incluida en la *Antología del cuento latinoamericano del siglo XXI. Las horas y las hordas*. Julio Ortega (compilador). México: Siglo veintiuno editores, s.a de c.v., 2001.
37. El incipit funciona como lugar de condensación de sentido. Ese comienzo anuncia lo que posteriormente ocurrirá.
38. “Simboliza la rebeldía y la inconformidad. Color del alma, de la libido y del corazón. [...] Constituye el símbolo esencial de la fuerza vital. Encarna el ardor y la belleza, la fuerza impulsiva y generosa, el eros libre y triunfante.”. Pero también “[...] encierra una significación funeraria [...]. Cuando se derrama significa la muerte” (Chevalier 1995: 888). De ahí que sea un color ambivalente.
39. En la cultura de masas, los labios son símbolo de sensualidad y seducción, asociados al placer amoroso.
40. El término “fácil” nunca es aplicado a los hombres. El diccionario se refiere específicamente a un sujeto femenino.
41. La libido “[...] engloba todo deseo de amor (erotismo, sexualidad, cariño, enamoramiento, afán por el cuidado del otro”. En: *Diccionario de Psicología Científica y Filosófica*. Torre de Babel Ediciones. (Consultado en línea).
42. Este cuento aparece en el cuentario titulado *Crímenes*, sobre el cual y su autor dice, el también escritor y crítico literario venezolano Miguel Gomes, en la revista digital *Letras Libres*: “La colección de relatos *Crímenes* confirma no sólo que su productividad se consolida, sino que una parte esencial de su labor gira en torno al conflictivo imaginario de lo nacional tal como surge en la Latinoamérica actual. Las de Barrera (Caracas, 1960) constituyen auténticas fábulas del deterioro en que historia colectiva e historia personal se vinculan en un contexto perturbador, abyecto” (Gomes 2010).
43. A partir de aquí, todas las citas corresponden a la edición publicada en la *Antología Líneas Aéreas*. Madrid: Editorial Lengua de Trapo, 1999: 581-587.
44. Término acuñado por Renato Rosaldo y citado por Aínsa (1998: 23).
45. Para el año 2005 contaba con cerca de 2.5 millones de habitantes.
46. En el relato se menciona la avenida Fuerzas Armadas, una de las más importantes de Caracas que en dirección Norte- Sur es la principal conexión entre el suroeste y el centro de la ciudad, al cual le sirve

de puerta de entrada. Es una Avenida famosa porque en su extremo sur está ubicado el Helicoide, un edificio moderno, representativo de la arquitectura de la ciudad. Otros puntos de la ciudad nombrados son: el mercado de Quinta Crespo, así como la Plaza Bolívar y el puerto de La Guaira.

47. Propone Víctor Bravo que “El absurdo [...] se generará muchas veces cuando, producida la irrupción del hecho fantástico, no se intenta establecer [...] la conexión, el enlace de causa y efecto, sino que -dada la ausencia de asombro caracterizada en el texto- este hecho es asumido desde la perspectiva de las consecuencias [...]” (1988: 43).

48. El narrador no aclara el significado de estas siglas.

49. Tal vez en alusión a “El Gato negro”, el extraordinario cuento de Edgar Allan Poe, donde el animal denuncia a un asesino.

50. La Guaira es el principal puerto de Venezuela, en el Estado de Vargas, al centro-norte del país.

51. Sobre “Amor a distancia” se ha hecho un video basado en la historia contada. Aunque hay algunas reseñas escritas sobre *Amores imperfectos*, cuentario que incluye al relato, no se encontró ningún comentario académico específicamente dedicado a él.

52. Desde aquí todas las citas sobre el cuento son de la antología *McOndo*. Alberto Fuguet, Sergio Gómez, de. Barcelona: Mondadori, 1996: 73-78.

53. Su construcción se inició en 1987 y se terminó en 1994, es considerada la imagen más grande del mundo, erigida en recuerdo de la visita del Papa Juan Pablo II a la ciudad.

54. Construido y establecido desde una visión patriarcal, la cual comparte Barthes en su propuesta.

55. El destacado es del original.

56. Este tema fue trabajado ampliamente en mi artículo: ”Enfrentamientos y rebeliones en un microcosmos urbano: Historias de ascensor”, apartado 1.5.4. Ver bibliografía.

57. Cochabamba significa:
distancia (allá)
futuro
mito
amor (fantasía)
ausencia (abandono)
secreto (silencio)
deber ser
irracionalidad

mientras que Berkeley significa:
cercanía (acá)
ahora
realidad
pasión (necesidad)
presencia (placer)
verdad (decir)
hacer
racionalidad

Bibliografía

Abbagnano, Nicola. 1974. *Diccionario de Filosofía*. México: Fondo de Cultura Económica.

Achúgar, Hugo. 2004. *Planetas sin boca: escritos efímeros sobre arte, cultura y literatura.* Montevideo: Ediciones Trilce.

- Aínsa, Fernando. 1998. *Fronteras e identidades*. San José: Editorial de la Universidad de Costa Rica.
- Altez, Yara. 2003. “Apuntes para un nuevo debate sobre la identidad cultural”. En: Mato (coord.), 79-95.
- Amoretti, María. 1992. *Diccionario de términos asociados en teoría literaria*. San José: Editorial de la Universidad de Costa Rica.
2007. *Didáctica de la literatura en la enseñanza de segundas lenguas*. San José: Editorial de la Universidad de Costa Rica.
- Amorós, Celia. 2008. *Mujeres e imaginarios de la globalización. Reflexiones para una agenda teórica global del feminismo*. Rosario: Homo Sapiens Ediciones.
- Barrera Tyszka, Alberto. 1999. “Y ¿a quién no le gustan las historias de amor?”. En: Becerra (ed.), 581-588.
- Barthes, Roland. 1993. *Fragmentos de un discurso amoroso*. México: Siglo veintiuno editores, S.A. de c.v.
- Bataille, Georges. 1997. *El erotismo*. Barcelona: Tusquets Editores, S.A.
- Baudrillard, Jean. 1994. *De la seducción*. Madrid: Ediciones Cátedra.
- Becerra, Eduardo (ed.). 1999. *Líneas Aéreas*. Madrid: Editorial Lengua de Trapo, S.L.
- Bermúdez, Emilia. 2003. “‘Malls’, consumo cultural y representaciones de identidades juveniles en Maracaibo”. En: Mato (coord.), 173-192.
- Bolaño, Roberto *et al.* 2004. *Palabra de América*. Prol. Guillermo Cabrera Infante. Epílogo de Pere Gimferrer. Barcelona: Editorial Seix Barral, S.A.
- Bourke, Joanna. 2005. *Fear: A Cultural History*. Great Britain: Virago Press.
- Bravo, Víctor Antonio. 1988. *La irrupción y el límite. Hacia una reflexión sobre la narrativa fantástica y la naturaleza de la ficción*. México: UNAM.
- Caamaño, Virginia. 2008. “Rumores del presente: revelaciones y pequeñas historias. Un acercamiento a “Santa Narcótica” de Cristina Civale y “El tibio atajo de la paz” de Naief Yehya”. En: *Revista de Lenguas Modernas de la Universidad de Costa Rica*, (8-9): 113-149.
2009. “Enfrentamientos y rebeliones en un microcosmos urbano: historias de ascensor”. En: *Revista de Lenguas Modernas de la Universidad de Costa Rica*, (11): 75-120.

- Castro-Gómez, Santiago. 1996. *Crítica de la razón latinoamericana*. Barcelona: Puvill Libros, S.A.
1998. "Latinoamericanismo, Modernidad, Globalización". En: Castro-Gómez y Eduardo Medieta (coord.), 169-205.
2000. "Teoría tradicional y teoría crítica". En: *Universitas Humanística*. 49. Bogotá: Facultad de Ciencias Sociales. Pontificia Universidad Javeriana.
- Castro-Gómez, Santiago y Eduardo Mendieta (coord). 1998. *Teorías sin disciplina. Latinoamericanismo, poscolonialidad y globalización en debate*. México: Porrúa.
- Civale, Cristina. 1999. "Santa Narcótica". En: Becerra (ed.), 23-28.
2001. "Chica fácil". En: Ortega (comp.), 198-200.
- Chevalier, Jean/Alain Gheerbrant. 1995. *Diccionario de símbolos*. Barcelona: Editorial Herder, S.A.
- Cuadro, Álvaro. 2003. *De la Ciudad Letrada a la Ciudad Virtual*. Santiago: LOM Ediciones.
- Damascio, Antonio. 2006. *El error de Descartes*. Barcelona: Editorial Crítica, S.L.
- Del Sarto, Ana; Ríos, Alicia & Abril Trigo (eds.). 2005. *The Latin American Cultural Studies Reader*. U.S.A.:Duke University Press.
- Dussel, Enrique. 2004. "China (1421-1800)". En: *Archipiélago. Revista Cultural de Nuestra América*. 11 (44): 6-13.
- Eltit, Diamela. 2008. "La plenitud de la apariencia". En: *Revista Iberoamericana. Los estudios lésbico-gays y queer latinoamericanos*. 74 (225): 1077-1081.
- Featherstone, Mike. 2002. "Culturas Globales y Locales". En *Criterios*. Cuarta Epoca. (Cuba) (33): 69-93.
- Fornet-Betancourt, Raúl. 1994. *Hacia una filosofía intercultural latinoamericana*. San José: DEI.
2000. *Interculturalidad y globalización*. San José: DEI.
- Foucault, Michel. 1985. *La arqueología del saber*. Madrid: Siglo XXI.
1991. *Historia de la sexualidad. I-la voluntad de saber*. México: Siglo veintiuno editores, S.A. de c.v.
2000. *El orden del discurso*. Barcelona: Tusquets editores, S.A.

- Friedman, Jonathan. 2002. “Globalización, clase y cultura en los sistemas globales”. En: *Criterios*. (33) Cuarta Epoca. (Cuba): 156-179.
- Freud, Sigmund. 1980. “Introducción del narcisismo”. *Obras Completas. Vol XIV*. Buenos Aires: Amorrortu Editores.
- Fuguet, Alberto y Sergio Gómez (eds.). 1996. *McOndo*. Barcelona: Mondadori.
- Gamboa, Santiago. 1996. “La vida está llena de cosas así”. En: Fuguet y Gómez, 81-89.
- García Canclini, Néstor. 2000. “La épica de la globalización y el melodrama de la interculturalidad”. Moraña (ed.), 31-41.
2001. *La globalización imaginada*. Buenos Aires: Editorial Paidós.
2002. “Definiciones en transición”. En: Mato (ed.), 57-67.
2006. *Diferentes, desiguales y desconectados. Mapas de la Interculturalidad*. Barcelona: Gedisa, S.A.
- Giddens, Anthony. 2000a. *La transformación de la intimidad. Sexualidad, amor y erotismo en las sociedades modernas*. Madrid: Ediciones Cátedra.
- 2000b. *Modernidad e identidad del yo. El yo y la sociedad en la época contemporánea*. Barcelona: Ediciones Península, S.A.
2002. *Consecuencias de la modernidad*. Madrid: Alianza Editorial.
2003. *Un mundo desbocado. Los efectos de la globalización en nuestras vidas*. México: Taurus.
- González Aróstegui, Mely. 2001. “Cultura de la resistencia. Concepciones teóricas y metodológicas para su estudio”. En: *Islas*, 43 (127): 20-41.
- Hinkelammert, Franz y Henry Mora. 2004. “Las inauditas pretensiones de la globalización: de la aldea global al mercado mundo. En: *Istmica. Revista de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional*. (8): 15-41.
- Hobsbaum, Eric. 2006. *Historia del Siglo XX*. Barcelona: Crítica, S.L.
2009. “Introduction: Inventing Traditions” and “Mass-Producing Traditions: Europe 1870-1914”. En: Hobsbaum, Eric & Terence Ranger (eds.), 1-14.

- Hobsbaum, Eric & Terence Ranger (eds.). 2009. *The Invention of Tradition*. (7th printing). Cambridge: Cambridge University Press.
- Hopenhayn, Martín. 2002. “Integrarse o subordinarse? Nuevos cruces entre política y cultura”. En: Mato (ed.), 69-89.
- Ianni, Octavio. 2007. *La sociedad global*. México: Siglo XXI editores, S.A. de c.v.
- Lethem, Jonathan. 2008. *Contra la originalidad*. México: Tumbona Ediciones S.C. De R.L.
- Ludmer, Josefina. 1977. *Los procesos de construcción del relato*. Buenos Aires: Sudamericana.
- Martín-Barbero, Jesús. 2000. “Globalización y multiculturalidad: notas para una agenda de investigación”. En: *Nuevas perspectivas desde/sobre Latinoamérica: El desafío de los Estudios culturales*. Mabel Moraña editora. Santiago: Editorial Cuarto Propio.
- Mato, Daniel. 2002. “Des-fetichizar la “globalización”: basta de reduccionismos, apologías y demonizaciones, mostrar la complejidad y las prácticas de los actores ” y “Estudios y otras prácticas intelectuales latinoamericanas en cultura y poder”. Mato (ed.), 147-178.
- Mato, Daniel (ed.). 2002. *Estudios y otras prácticas intelectuales latinoamericanas en cultura y poder*. Caracas: CLACSO.
2003. *Políticas de identidades y diferencias sociales en tiempos de globalización*. Caracas: Programa Globalización, Cultura y Transformaciones Sociales de la Facultad de Ciencias Económicas y Sociales de la Universidad Central de Venezuela.
2005. *Cultura, política y sociedad. Perspectivas latinoamericanas*. Buenos Aires: CLACSO.
- Mato, Daniel y Agudo, Ximena. 2000. “Cultura y transformaciones sociales en tiempos de globalización: una perspectiva analítica en desarrollo”. En: Mato y Agudo (coord.), 15-57.
- Mato, Daniel y Agudo, Ximena (coord.). 2000. *América Latina en tiempos de globalización II. Cultura y transformaciones sociales*. Caracas: IESALC.
- Moraña, Mabel (ed.). 1997. *Angel Rama. Estudios críticos*. Pittsburgh: Universidad de Pittsburgh.
2000. *Nuevas perspectivas desde/sobre Latinoamérica: El desafío de los Estudios culturales*. Santiago: Editorial Cuarto Propio.
- Muñoz, Carlos. 2003. “Identidades translocales y orientación sexual en Caracas: (arqueología, genealogía y tecnologías de la orientación sexual)”. En: Mato (coord.), 219-255.

- Ortega, Julio (comp.). 2001. *Antología del cuento latinoamericano del siglo XXI. Las horas y las hordas*. México: Siglo XXI editores, S.A. de c.v.
- Ortiz, Renato. 2000. “Diversidad cultural y cosmopolitismo”. En: Moraña (ed.), 43-54.
2002. *Otro territorio*. Traducido por Carlos E. Cortés Sánchez. Bogotá: Convenio Andrés Bello.
2005. *Mundialización: saberes y creencias*. Barcelona: Gedisa, S.A.
- Paz Soldán, Edmundo. 1996. “Amor a distancia”. En: Fuguet y Gómez (eds.): 73-79.
- Quesada Avendaño, Florencia. 2006. “Imaginarios urbanos, espacio público y ciudad en América Latina. En: *Pensar Iberoamérica. Revista de Cultura*. (8): versión digital.
- Rama, Ángel. 1982. *Transculturación narrativa en América Latina*. México: Siglo XXI.
1984. *La ciudad letrada*. U.S.A.: Ediciones del Norte.
2005. “Literature and Culture”. En: Del Sarto; Ríos & Trigo (eds.): 120-152.
- Remedi, Gustavo. 1997. “Ciudad letrada: Angel Rama y la espacialización del análisis cultural”. En: Moraña (ed.), 97-122.
- Ribeiro, Gustavo Lins. 2002. “Post-imperialismo: para una discusión después del post-colonialismo y del multiculturalismo”. En: Mato (ed.), 161-183.
- Richard, Nelly. 1998. “Globalización e identidad latinoamericana”. *Fronteras e identidades*. San José, C.R.: Editorial de la Universidad de Costa Rica.
2005. “Globalización académica, estudios culturales y crítica latinoamericana”. En: Mato (ed.), 185-199.
- Rodríguez, Ileana. 2000. “Geografías físicas, historias locales, culturas globales”. En: Moraña (ed.), 475-488.
- Rojo, Grínor. 2006. *Globalización e identidades nacionales y posnacionales...¿de qué estamos hablando?*. Santiago de Chile: LOM Ediciones.
- Said, Edward. 2004. *El mundo, el texto y el crítico*. Traducción de Ricardo García Pérez. Buenos Aires: Debate.
- Sarlo, Beatriz. 1988. *Una Modernidad Periférica. Buenos Aires 1920 y 1930*. Buenos Aires: Ediciones Nueva Visión.

1994. *Escenas de la vida posmoderna. Intelectuales, arte y videocultura en la Argentina*. Buenos Aires: Editorial Ariel.
1996. *Instantáneas. Medios, ciudad y costumbres en el fin de siglo*. Argentina: Ariel.
- Thays, Iván. 2004. “Andreas no duerme”. En: Bolaño, Roberto *et al*, 180-205.
- Villoro, Luis. 2005. *De la libertad a la comunidad*. México: FCE.
- Walde, Erna von der. 1998. “Realismo mágico y poscolonialismo: construcciones del otro desde la otredad”. En: Castro-Gómez y Mendieta (coord.), 207-231.
- Wallerstein, Immanuel. 2004. *Capitalismo histórico y movimientos antisistémicos*. Madrid: Ediciones Akal, S.A.
- Wiewiora, Michel. 2003. “Diferencias culturales, racismo y democracia”. En: Mato (coord.), 17-31.
- Zimmerman, Marc. 2000. “Fronteras latinoamericanas y ciudades globalizadas en el nuevo desorden mundial”. En: Moraña (ed.), 293-306.

Consultas en Internet

- Casado, Cristina y Colomo, Ricardo. 2006. “Un breve recorrido por la concepción de las emociones en la Filosofía Occidental”. En: *A Parte Rei. Revista de Filosofía* (47). <http://serbal.pntic.mec.es/AParteRei/>. Consulta: 20 de enero de 2010.
- Civale, Cristina. Blog Civilización & Barbarie. Conflictos y armonías en la cultura contemporánea. <http://weblogs.clarin.com/itinerarte/>. Consulta: 10 de febrero de 2010.
- Diccionario de la Real Academia de la Lengua*. <http://buscon.rae.es/drael/>
- Diccionario de Psicología Científica y Filosófica*. Torre de Babel Ediciones. www.editorredebabel.com/Psicologia/Vocabulario/Psicologia-Vocabulario.htm
- Fanta, Andrea. 2008. *Narrativas del abandono*. Reseña de tesis doctoral, Universidad de Michigan. http://sitemaker.umich.edu/andreafanta/files/narrativas_del_abandono.pdf. Consulta: 20 de febrero de 2010.
- Gomes, Miguel. 2010. Crímenes, de Alberto Barrera Tyszka. *Letras Libres*. <http://www.letraslibres.com/index.php?art=14420>. Consulta: 5 de enero de 2010.
- Kerrigan, Antonia. Sitio de Cristina Civale. <http://www.cristinacivale.net/>. Consulta: 10 de febrero de 2010.
- Pomeraniec, Hinde. 1996. Crítica “Chica Fácil”. *Clarín*. http://www.literatura.org/Critica/Cri_ChicaFacil.html. Consulta: 3 de enero de 2010.

Remedi, Gustavo. 2003. "La ciudad latinoamericana S.A. (o el asalto al espacio público)".<http://www.henciclopedia.org.uy/autores/Remedi/CiudadLatinoamSA.htm>. Consulta: 20 de enero de 2010.

Rubiano Vargas, Roberto. 2007. "El cuento de Bogotá". En: La literatura y la ciudad. Separata. *Revista Número*. <http://www.revistanumero.com/50/sepa1.html>. Consulta: 25 de febrero de 2010.

Sales, Luis. 2001. "La Introducción del Narcisismo y sus consecuencias". En: *Revista Intercanvis, papers de psicoanálisi*. N°6 mayo 2001. <http://www.intercanvis.es/pdf/13/13-07.pdf>. Consulta: 28 de febrero de 2010.

Yúdice, George. 2007. "Miami: ¿Latinidad universalizada o una copia de la exclusión?". En: *Revista Todavía* (17). <http://www.revistatodavia.com.ar/todavia17/notas/yudice/txtyudice.html>. Consulta: 25 de marzo de 2010.

Entrevistas

Entrevista de David Campuzano a Santiago Gamboa para *El Espectador*, 17 de setiembre de 2009. <http://www.elespectador.com/.../articuloimpreso162011-necropolis-letras-nomadas – Colombia>. Consulta: varias veces en diferentes fechas.

Entrevista de Edgardo Dobry a Beatriz Sarlo en setiembre del 2001.http://www.cervantesvirtual.com/servlet/SirveObras/12492763144581506210435/209400_0029.pdf. Consulta: 12 de enero de 2010.

Entrevista de Silvina Friera a Edmundo Paz Soldán para *Ecdotica, una librería digital*, 25 de noviembre de 2008. <http://www.ecdotica.com/2008/11/25/entrevista-al-escritor-boliviano-Edmundo-Paz-Soldán>. Consulta: 20 de enero de 2010.

Entrevista de Pablo Kummetz a Edmundo Paz Soldán para *DW-World.DE Deutsche Welle* el 12 de diciembre de 2009. <http://www.dw-world.de/dw/article/0,,5008711,00.html>. Consulta: 20 de febrero de 2010.

Entrevista de Aracelli Otamendi a Edmundo Paz Soldán para *Quaderns digitals.NET*, sin fecha. http://www.quadernsdigitals.net/index.php?accionMenu=secciones. VisualizaArticuloSeccionIU.visualiza&proyecto_id=2&articuloSeccion_id=7081. Consulta: 20 de febrero de 2010.

Entrevista de Jacinto Antón a Joanna Bourke para *El País* el 22 de noviembre de 2006.http://www.elpais.com/articulo/cultura/Hoy/tenemos/miedo/Edad/Media/XIX/elpepecul/20061122elpepecul_6/Tes. Consulta: 10 de febrero de 2010.